

Olga Idone

HOMBRES EN LA CALLE

*A Sophie,
mi nieta.*

Hombres en la calle

Olga Idone

Prólogo

La lectura del libro de Olga Idone tuvo para mí varios efectos. Uno, no el menor, es que me modificó la vivencia de lo que llamamos “la calle”. Suerte de espacio - no espacio urbano, lugar de tránsito, de pasaje de personas que van de un lado a otro y que ubicamos como semejantes y personas que están en la calle, duermen en ella o trasladan su humanidad vestidos muy de otra manera, con un aspecto muy diferente y aunque de presencia cercana los observamos desde una posición subjetiva de lejanía que los marca como no semejantes. Se los considera como dotados de otro tipo de humanidad en tanto como sujetos-personas despiertan variedad de sentimientos: rechazo (por su traza, o por su olor, por su actitud corporal), temor (al robo o al ataque), o aprehensión ante su acercamiento cuando acortan la distancia crítica que nuestra subjetividad acepta. Tratamos de pasar lejos de ellos.

El uso de la calle es de circulación, cuando saliendo de un lugar debemos llegar a otro. Las calles alojan vehículos variados con personas que se trasladan de un punto a otro de la ciudad. Pareciera no tener vida propia salvo la que le confiere ese conjunto que las transita, a veces dentro de un vehículo público o privado como son los autos. Desde allí, la calle se ve como un espectáculo de la cual se es un espectador. Dependiente de los lugares de la ciudad ese espectáculo es agradable o penoso, estético si se ve un parque, un monumento, puede ser tierno si se ven niños jugando, en partes mas

privilegiadas de la ciudad se ven perros paseando llevados por un paseador, elegantes como corresponde a ese sector de la ciudad. En otras calles de la ciudad los perros tienen también un aspecto más penoso o temible. Las ropas de las personas van cambiando según los sectores de la ciudad. La calle no parece lugar para habitar sino para pasar. En los últimos tiempos surgieron, con la crisis económica y social, los lava vidrios o quienes despliegan malabares y las respuestas de los que circulan varían desde la conmiseración efímera y pasajera hasta la violencia, posiblemente por verse confrontados con una diferencia difícil de tramitar.

Algunos, si otros no, por distintos motivos, les dan unas monedas. Y se circula. El mundo concebido como uno lleva a pensar que vivimos en una ciudad, en distintas áreas y se instala una pertenencia que pasa a formar parte de “lo dado”, por lo general no es ni cuestionado ni mucho menos interrogado. Desde la multiplicidad se puede concebir que una ciudad contiene varias ciudades, mejor sería decir varios mundos, con alguna frecuencia sin contacto unos con otros. *Hombres en la calle* nos da a conocer uno de esos mundos.

Libro conmovedor, Olga Idone misma conmovida nos lo transmite con mucho afecto, aunque también subyace una protesta ante este orden de las cosas, un cuestionamiento a “lo dado”. Después de leer su libro la calle pasa a ser un lugar habitado. Descripción de una ajenidad donde rehuimos reflejarnos, suerte de extranjería no aceptada por la ciudadanía que tiene sus insignias, emblemas y documentos que acreditan la pertenencia de unos y la no pertenencia de los otros.

La autora sugiere que no es posible acercarse al mundo de la calle como un lugar, no solo de tránsito sino habitado, y a quienes lo habitan sin descentrarse profesional y personalmente, sin correr de lugar los prejuicios. Uno de ellos es que la calle es una suerte de tierra de rescate, maniobra “humanitaria” para volver al mundo de uno. Puedo imaginar que como dice Olga se estremecen algunos de los cimientos, uno de ellos puede ser el que sostiene lo identitario. Desde allí los otros no son tales sino semejantes a uno transitando un camino equivocado y algunas instituciones suponen que deberían llevarlos al camino correcto. No es fácil analizar la serie de circunstancias por las cuales Los hombres en la calle son consecuencia y no causa.

La autora considera el trabajo y la construcción social del discurso acerca del trabajo y su dignidad aunque algunas formas de trabajo y empleo rehúyen esa condición. Son varios los testimonios de esa minoría que forman los inmigrantes llevados por las mejoras laborales y económicas que luego resultan presos de esas mismas condiciones. La situación de esas minorías en los países del primer mundo es un silencio a voces.

Hay en el libro relatos de personas de algunos de esos Hombres en la calle y el libro tiene otro más breve llamado *Memorias de un vago* y cuyo autor es Carlos Andrade. En el hay un fresco de lo que sería otra vida posible, quizá elegida por su autor y por las condiciones de vida donde le toca vivir. No está exento de un toque doloroso. Cuando decimos que el espacio de esa vida es marginal lo hacemos sin darnos cuenta que llamamos margen a lo que estando al costado bordea nuestra propia vida.

Hombres en la calle es un libro diferente, emotivo como dije y obligatorio para conocer el lugar donde uno habita.

Isidoro Berenstein

Buenos Aires, 18 de Enero de 2010

Introducción

Durante varios años la observaba desde la ventana de uno de los cuartos de nuestra casa, el que daba a Córdoba y Riobamba, en Buenos Aires. Vivía en la calle, en diagonal a nuestra esquina, donde está el Palacio de las Aguas.

La mujer era extranjera, tal vez de algún país del Este. Se dedicaba a escribir todo el tiempo. Aceptaba la comida que algunos vecinos le acercaban y usaba los sanitarios del bar Las Orquídeas, ubicado en la planta baja de nuestro edificio.

Muchas veces vinieron a buscarla de la Municipalidad o de algún otro centro de atención. Se negaba, y si lograban llevarla volvía a los tres o cuatro días.

Estaba abrigada, tanto en invierno como en verano, con un tapado de paño negro, largo. Tenía el pelo grisáceo con rulos enmarañados. Su presencia me inquietaba de tal manera que nunca pude acercarme. Era la época de la crianza de los hijos, la educación, los colegios, el trabajo, innumerables “hay que” ó “tengo que...” De una vorágine que me impedía detenerme a reflexionar sobre el sistema que la imponía y de la que era esclava sin darme cuenta. Refiriéndome a esa señora solía decir, sin pensar: “¡Qué suerte, no tiene gastos fijos!”

Pasaron muchos años, y luego de atravesar la transformadora experiencia de trabajar con los hombres en la calle aquella frase volvió a mi mente una y otra vez, resignificada con la fuerza que tal vez sólo tienen las verdades reveladas.

A lo largo de estas páginas intentaré transmitir esa experiencia llevada a cabo en un Servicio de Deambulantes¹, la transformación que se fue operando en mí y algunas hipótesis y desarrollos teóricos que también deseo compartir.

¹ Eufemismo para referirse a las personas que viven en la calle.

La presunción de que todo habitante de estas tierras quiere vivir “como nosotros”, con techo y trabajo digno –o sea, con nuestras propias creencias y valores– resulta falsa si tenemos en cuenta un sin fin de testimonios que así lo acreditan. Fue necesario el penoso ejercicio de cambiar de lugar el eje e intentar poner entre paréntesis las propias certezas, ideas y prejuicios para descubrir lo novedoso de la experiencia.

Observarán que en el esfuerzo de descentrarme aparecen vacilaciones, y muchas veces me deslizo en un terreno resbaladizo.

¿Y si el trabajo esclavizara en lugar de dignificar?

¿Y si robar un jabón no fuera afanarlo?

¿Y si estar en la calle fuera una elección?

Pienso que los *hombres en la calle* son una población que –si bien se encuentra excluida del sistema de producción– es parte integrante de la comunidad, y desde su lugar en los márgenes tiene la potencialidad de desestabilizar el sistema hegemónico de creencias.

¡Qué lugar los márgenes! Ni adentro ni afuera, pero formando parte de la hoja del cuaderno de tapa dura o las hojas de la carpeta, las páginas del Word, el pasillo, el patio trasero, el recreo. ¿Y si la vida pasara por allí?

Fernando Pessoa dice: “Pertenezco, sin embargo, a esa especie de hombres que están siempre al margen de aquello a lo que pertenecen, no ven sólo la multitud de la que son, sino también los grandes espacios que hay al lado”.²

Si accedemos a pensar que forman parte de esa unidad múltiple que es *nuestra* comunidad, de un *nosotros* que nos incluye a todos, podríamos tal vez encontrar en las semejanzas que minimizamos y en las diferencias que

² Pessoa, Fernando: *El libro del desasosiego*, Seix Barral, Barcelona, 1999.

exageramos la tragedia de lo otro en su máxima expresión, y la posibilidad de construir ese *nosotros* elusivo.

Estar con otros exige siempre un trabajo psíquico doloroso y difícil, más aún con aquellos a quienes desconocemos como iguales. Por un lado, vivimos las diferencias como inasimilables porque podrían tener cierto nivel de toxicidad para nuestras habituales maneras de ser, y entonces las rechazamos. Y, además, no aceptamos que ese otro tiene aspectos imposibles de ser conocidos. A esa opacidad la denominamos *lo ajeno*, vocablo derivado del latín *alienus*³, que proviene a su vez de *alius*, “otro”. Más difícil aún nos resulta aceptar nuestros propios aspectos desconocidos. Albergamos a un *otro* para nosotros mismos. Freud llamó “el Ello” al conjunto de nuestros propios aspectos imposibles de ser conocidos. Con el uso del pronombre impersonal destacó su característica principal, que es ser ajeno con respecto al propio Yo.

John Berger, en *Lila y Flag*, escribe: “Lo que asustaba a las dos señoras es que aquel hombre de cinturón de tachuelas y la joven que sin duda andaba siempre descalza, estaban muy cerca de ellas. Demasiado cerca. Tendrían que estar en otra parte de la ciudad y no en la mesa de al lado”.⁴

¿Cómo alejarlos entonces? La deshumanización es un método posible. Al respecto, José Pablo Feinmann recuerda que un 20 de noviembre de 1861 Sarmiento le escribe una carta al general Mitre en la que le dice: “No ahorre usted sangre de gauchos: es lo único que tienen de seres humanos”.⁵

³ Corominas, J.: *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Editorial Gredos, Madrid, 1996.

⁴ Berger, John: *Lila y Flag*, Suma de letras argentina, Buenos Aires, 2006.

⁵ Feinmann, J. P.: *El civilizador de San Juan*, Página 12, Contratapa, 20/08/06.

Otro método es la desacreditación: son mentirosos, vagos, sucios, borrachos, malolientes, irresponsables. ¿Tendrán para decirnos algo que no queremos o no podemos escuchar? ¿Nos muestran algo que no queremos ver?

En palabras de Edgar Morin: "...a pesar de que todos los hombres pertenecen a una misma especie –*homo sapiens*– este rasgo común nunca ha dejado de serle negado al hombre por el propio hombre, quien no reconoce a un semejante en el extranjero o insiste en acaparar para sí la plena calidad de hombre. Incluso el filósofo griego veía a un bárbaro en todo persa y un mero objeto animado en todo esclavo".⁶

A lo largo de las páginas siguientes intentaré transmitir muchos interrogantes y algunos borradores de respuestas frágiles, provisionales y abiertas, producto de una tarea generadora de transformaciones y un sin fin de dificultades.

Servicio de Deambulantes. El trabajo con "lo semejante"

⁶ Morin, Edgard: *El paradigma perdido*, Kairos, Barcelona, 2000.

Estaba trabajando como psicóloga voluntaria en una institución que brindaba servicios a la población carenciada cuando la trabajadora social me propuso colaborar en el servicio para personas que viven o están en la calle.

Acepté la propuesta, y fue así como se inició esta tarea que conmocionó varios de mis sistemas de ideas.

Se trataba de una institución de las denominadas “humanitarias”. El Servicio estaba coordinado por una trabajadora social y funcionaba una vez por semana, por la mañana. En un primer momento brindaba desayuno, ducha, ropa, y asistencia social. Se le sumó posteriormente atención psicológica y un tiempo después comenzó a funcionar una peluquería. El grupo de asistidos, compuesto exclusivamente por hombres, era heterogéneo con respecto a edad, nivel educativo, salud mental, lazos familiares y grado de inserción social y de interés en conseguir trabajo.

Una parte de ellos concurría semanalmente, pero la mayoría no lo hacía. Esta variación tenía que ver con la errancia, el desapego, el carácter temporario del trabajo, los períodos de institucionalización carcelaria, hospitalaria o de desintoxicación, etc. Casi todos vivían en la calle. Algunos, los menos, trabajaban como cartoneros⁷, y si bien desarrollaban sus actividades en la vía pública contaban con algún tipo de vivienda y un grupo familiar de referencia.

A los hombres que viven en la calle se los suele llamar *linyeras*, *crotos* o *cirujas*. No obstante, podemos encontrar diferencias entre los grupos definidos por estos términos. El *linyera* es, por estas latitudes, algo así como un vagabundo. En verdad, lo que recibe el nombre de linyera es el atado de ropa

⁷ Personas que buscan en la basura papel y cartón, que luego venden.

que estas personas llevan al hombro, generalmente en el extremo de un palo, como lo ilustran las caricaturas. Por extensión, se ha denominado así a quien lo porta. La palabra *croto* tiene su origen en la Argentina de comienzos del siglo XX, cuando el ministro de Agricultura –de apellido *Crotto*– sancionó una ley que llevaba su nombre mediante la cual les concedió transporte gratuito en los ferrocarriles a los operarios golondrina que viajaban por el interior para trabajar en las cosechas. Por extensión, a los beneficiarios se los llamó *croto*s. La figura del *croto* era entonces la de un hombre humilde, de ropas gastadas y bastante parecido a un *linyera*, y, como éste, trashumante. Por último, se designa como *ciruja* a la persona que rebusca entre la basura con el fin de encontrar alguna cosa de la que pueda extraer algún provecho.

Antes de atravesar la experiencia, cuando yo veía a estas personas en la calle, sentía miedo. Por entonces eran para mí seres anónimos, que vivían en los márgenes, con códigos desconocidos y diferentes a los míos. También la presencia de esas personas desposeídas de casi todo me activaba el gran temor de llegar a estar yo misma en esa situación.

Al respecto, el metafórico cuento de Tolstoi *La camisa de un hombre feliz* aporta otra mirada. En este relato, el autor narra la historia de un zar que estaba gravemente enfermo de una dolencia para la que no encontraban remedio. Luego de innúmeras consultas y fallidos intentos de curación, un renombrado médico le dijo que para sanar debía usar la camisa de un hombre feliz. Fue muy difícil para sus colaboradores dar con dicho hombre, y, cuando finalmente lograron encontrarlo, descubrieron que el hombre feliz no tenía camisa.

¿Cómo pensar entonces estas cuestiones, ahora que comienzan a complejizarse y a perder esa incuestionable certidumbre inicial?

Si consideramos la temática de esos miedos a la luz de las diferencias culturales y tenemos en cuenta el fuerte tinte etnocéntrico con el que observamos los estilos de vida que nos resultan ajenos, tal vez lleguemos a coincidir con lo expresado Marcelo N. Viñar: “Se trata en realidad de un juego de refracciones entre un nosotros y los otros, donde la mirada del sujeto que rechaza al otro no hace más que recusar la visión de sí mismo”.⁸ El temor pone distancia, y genera en quien lo siente la ilusión de alejar de sí toda posibilidad de encontrarse algún día en una situación similar.

El Servicio de Deambulantes al que ingresé funcionaba en la planta alta de una vieja casa deteriorada, a la que se accedía por una escalera. Considero que las condiciones edilicias tienen en este caso una importancia relevante, porque forman parte de aquello que el servicio ofrecía, y al mismo tiempo constituyen mensajes fáciles de descifrar. Por tales razones voy a describirlas con cierta minuciosidad.

La vieja casa contaba con un *hall*, una sala con dos ventanas que daban a la calle, una habitación donde atendía la trabajadora social, la habitación del ropero, la cocina y dos baños. Todos estos espacios contaban con puertas que daban a un patio donde estaban los dos baños con las duchas y una escalera angosta con baranda de hierro que llevaba a un pequeño cuarto que yo utilizaba para las conversaciones privadas.

A excepción de la cocina y los baños, que habían sido reciclados, la casa presentaba un gran deterioro, a punto tal que, posteriormente, fue cerrada

⁸ Blanck-Cerejido, F. y Yankelevich, P. (compiladores): *El otro, el extranjero*, Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2003.

porque se cayó uno de los techos. A pesar de que el Servicio jerarquizaba las duchas, había problemas con el agua, que podía faltar o resultar muy escasa, cuestión que obligaba a los asistidos a tomar duchas breves.

El punto fuerte de este Servicio pretendía ser justamente el de las duchas, porque la coordinadora pensaba que ofrecer la posibilidad de darse un baño tenía que ver con la dignidad del hombre. Algo más arriba hablé del temor que yo experimentaba antes de conocer a estas personas. Algo de su apariencia me atemorizaba. “Feos, sucios y malos”,⁹ pensé cuando los conocí, estableciendo, de esta forma, una relación entre la limpieza y la bondad por un lado, y la suciedad y la maldad por el otro. A propósito de esta correspondencia me parece pertinente transcribir el siguiente párrafo de la Dra. Mónica B. Cragnolini: “Muchos de ustedes han leído *La genealogía de la moral*, de Nietzsche. En ella se trata de investigar acerca de los conceptos morales *bueno* y *malo*. El autor muestra de qué manera *lo bueno* y *lo malo* surgen de cuestiones humanas, demasiado humanas, como las que tienen que ver con la limpieza, y cómo un concepto tan valorado como el de *bondad* surgió de algo tan elemental como lavarse las manos. Bueno era el que se lavaba las manos. Y, posteriormente, eso que surge de un ámbito higiénico se traspola a un reino imaginario, y con eso se crea la moral.”¹⁰

Cuando me acerqué al Servicio, no conocía a la población con la que trabajaba y lo hice con arraigadas creencias y fuertes prejuicios. Uno de ellos fue considerar que necesitaban una psicóloga que realizara tratamientos terapéuticos tendientes a rescatarlos de la calle. Este pre-concepto incluye otro, mencionado más arriba, que consiste en pensar que todas las personas

⁹ Nombre de una película de Ettore Scola, Italia, 1976.

¹⁰ Cragnolini, Mónica: *La cuestión biopolítica en el debate contemporáneo*, Curso APA-UBA, 27/08/08.

quieren vivir “como uno” y necesitan por lo tanto algún tipo de tratamiento terapéutico para lograrlo, ya que “todos los que viven en la calle desean ser rescatados”.

A poco de andar, pude notar que estos pre-conceptos fueron uno de los tantos obstáculos que surgieron a lo largo de esta difícil pero fructífera experiencia.

Cuando el Servicio se abría por la mañana las personas que iban a atenderse estaban esperando en fila desde muy temprano. Cada una de ellas cargaba sus pertenencias en uno o dos bolsos, mochilas o bolsas.

Recuerdo el primer día, y el momento en que llegué y observé esa larga fila de caras oscuras, anónimas para mí. Con el correr de los meses, esos mismos rostros se fueron iluminando a medida que fui conociendo sus nombres y que comenzamos a construir un vínculo. Fue necesario conocimiento mutuo y tiempo para lograr esa transformación.

La primera vez que subí la escalera sentí un fuerte olor desagradable. El entorno, que en ese momento me parecía ajeno y hostil, se convirtió con el tiempo en familiar y amoroso.

La experiencia fue conmovedora. Mis pensamientos surgían a borbotones, y se estremecieron mis cimientos. ¿Cómo ordenar todo lo que el lugar y las personas me fueron suscitando?

Yo no había vivenciado la vida a la intemperie, vagabundeando, caminando, esperando recibir, encontrar algo. Pensé que tenía que agudizar la mirada y brindar mi escucha, pues me parecía que esto sería importante para ellos. También creía que si llegaba a entender algo acerca de por qué se

encontraban en esa situación debía transmitirlo, en pos de alentar un proyecto social que apuntara a “sacarlos de la calle”.

Cuando volví a leer estos apuntes descubrí que pudieron producirse algunos cambios entre nosotros –los asistidos y yo– debido a que logré ir modificando esas ideas iniciales, y porque posiblemente también ellos hayan ido dejando de lado sus propios prejuicios, lo que fue posible al ir construyendo un vínculo basado en la paridad.

Luego de subir la escalera, las personas ingresaban a la sala. Allí había una mesa muy grande ubicada en el centro, varias sillas y un televisor que estaba dentro de una estructura de hierro y alambre tejido, asegurada con un candado y sujeta a la pared. ¿Cómo leer este mensaje visual?

Algunas personas se sentaban alrededor de la mesa, y otras algo más alejadas, contra la pared.

La trabajadora social los recibía, anotaba su nombre y apellido en un cuaderno y les entregaba un número de orden para ser atendidos en el servicio de ropería, de duchas y de trabajo social.

Aquel primer día me presenté como psicóloga y les dije que estaba allí para conversar con quien lo necesitara. Surgieron algunas preguntas que denotaron interés, y algunas pocas personas comenzaron a subir para charlar. Que se hayan acercado pocos me permitió hacer la siguiente reflexión, que conmueve uno de los pre-conceptos enunciados más arriba: “¿Por qué una persona que vive en la calle necesitaría tratamiento?”

Con los primeros acercamientos sentía acidez y me picaba todo el cuerpo. Cuando llegaba a mi casa necesitaba bañarme y cambiarme toda la ropa. Tuve una virosis y me contagié piojos, a pesar de que estaba muy lejos de la

población en riesgo de contagio. Me pregunto si estos fenómenos se podrían explicar a partir de los mecanismos de identificación-introyección propios del campo psicoanalítico: transformar algún aspecto de la representación de mi yo-cuerpo para, desde la semejanza que no veía, generar el campo empático que posibilitara un vínculo.

Cuando no atendía individualmente comencé a circular por el patio, el ropero, y el salón. Fue así como algunas personas fueron acercándose para hablar. Los temas eran variados, generales y personales. Entonces, y con el acuerdo de la trabajadora social, decidí proponer un espacio grupal de cuarenta y cinco minutos a quienes desayunaban mientras esperaban el turno del ropero y las duchas, para conversar alrededor de los temas que ellos trajeran.

Alguien preguntó para qué servía la psicología y si resolvía los problemas de impotencia. Percibí en sus dichos una connotación que parecía albergar el supuesto de que no serviría para nada. No obstante, y superado un primer momento de resistencia, fueron surgiendo otros temas, como por ejemplo cuestiones que padecían, como los robos, los atropellos policiales, las conductas impulsivas y la discriminación.

Esas conductas impulsivas –de las que eran víctimas unas veces y victimarios otras - las relacionaron con las injusticias de las que eran objeto. Con respecto a la discriminación surgieron distintas explicaciones, entre ellas el temor que podrían sentir otras personas al verlos como un espejo que les devolvía la imagen rechazada de un futuro incierto pero posible.

Un poco más adelante, en esa misma conversación, surgieron sus propias actitudes discriminatorias, entre ellas las dirigidas hacia los inmigrantes de ciudades de fronteras con el argumento de que les quitaban el trabajo y que

tenían otros privilegios. Por ejemplo, que no los expulsaban de las casas tomadas por convenios entre Argentina y Bolivia, Perú y Paraguay.

Durante el primer encuentro yo estaba de pie. Me sirvieron mate cocido pero no lo acepté, pues en ese momento no pude evitar sentir aprehensión. Uno de los asistidos me dijo que ninguno de nosotros –los asistentes- nos sentaríamos con ellos. ¿Cuál era la diferencia entre estas personas y yo que me impedía hablar de un *nosotros*? La teoría vino en mi auxilio al recordarme que toda construcción de un vínculo exige un trabajo con lo diferente y con lo ajeno del otro. En esta experiencia el objetivo a lograr sería transformar al otro ajeno en un semejante. Algo de esto fue posible, pues el jueves siguiente *me encontré* sentada junto a ellos, tomando mate cocido.

¿Cómo transformar en semejante a aquel en quien depositamos todas las miserias humanas? Esta depositación es bi-direccional, porque detrás de un trato correcto pero convencional entre los asistidos y los asistentes, aquellos manifestaban su desconfianza tanto hacia los asistentes como hacia las instituciones. Esto podía escucharse en comentarios tales como: “el sistema necesita a los pobres”, “se quedan con la buena ropa para hacer negocio y a nosotros nos dan lo peor”, etc. También podía verse en actitudes de escepticismo y burla hacia los asistentes, que –según los asistidos- se consideraban Teresa de Calcuta por servir comida una vez por semana.

Una anécdota que ilustra lo expuesto sucedió durante el desayuno, que habitualmente consistía en mate cocido y tostadas con mermelada. Una vez en la que se repartieron alfajores alguien comentó irónicamente: “Fijate la fecha, que tal vez están vencidos”. Aludía a las empresas que donan lo que no les sirve. “A caballo regalado no se le miran los dientes”, replicó otra persona

desde uno de los extremos de la mesa. Los comentarios sobre estos temas surgían también en la reunión grupal, creo que como muestra de confianza.

Si nos vamos despojando de las diferentes máscaras impuestas por nuestra cultura, que varían según el lugar de cada quien –sea éste el que da la profesión, el trabajo, la familia, el vivir en la calle o en una casa– ¿qué nos queda? ¿Con qué nos encontramos? Nada más y nada menos que con el *Ser Humano*, con un semejante y con la esencia que como tales compartimos, ya que todos transitamos la existencia en un inexorable camino hacia la muerte.

A propósito de ello, Todorov, refiriéndose al humanismo, dice: “La finitud humana es uno de los grandes temas de los humanistas, pues han renunciado a la vida eterna. El humanismo es laico. Sin embargo, no renuncia a la búsqueda de la felicidad, simplemente nos recuerda su fragilidad. Sabe también que nuestra conciencia ha descubierto el infinito, es así que comprendo la condición humana, inadecuación trágica entre nuestra necesidad de infinito y nuestra finitud efectiva; pero también respeto por nuestros intentos de remediarla”.¹¹

El *nosotros* me afianzó en algunas cuestiones teóricas que pasaron a ser herramientas fundamentales en este trabajo.

En una publicación anterior¹² abordé el tema de la conversación como la herramienta privilegiada y exclusiva de los seres humanos para poder comunicarse. Acudo al texto mencionado: “(...) si recurrimos a la etimología de la palabra *conversación* su origen es latino y significa convivir”.

¹¹ Todorov, Tzvetan: *Deberes y delicias. Una vida entre fronteras*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2002.

¹² Blumenthal, D.; Idone, O. y otros: *Tratamientos en Red, una estrategia para el Siglo XXI*, Distal, Buenos Aires, 2005.

Tomaré la definición de Cots¹³ y colaboradores del año 1989. Es un texto a varias voces que se organiza a partir de la alternancia de turnos al servicio de la construcción del sentido de la conversación: “La conversación, entonces, es un producto que se elabora de forma cooperativa entre dos o más personas; como todo producto cultural está organizado según ciertas reglas; las intervenciones son diferentes según se trate de conversaciones espontáneas o, por el contrario, formales como el debate, la discusión, la entrevista (...). Estas relaciones jerárquicas pueden ser ejercidas de diversas maneras y esto se va a plasmar en el tipo de producto discursivo. En el discurso violento se intenta acallar a una o algunas de las voces que enhebran el texto de la conversación. En este sentido, cuando conversamos, meta-comunicamos qué lugar nos adjudicamos a nosotros y a los otros. La conversación debería favorecer al máximo la producción del otro como Sujeto con sus propios deseos, ideas y creencias a las que hay que hacerles un lugar. El intercambio debería incluir todas las voces, y el encuentro sería así el producto conjunto de ese intercambio”.

Mi herramienta prínceps fue la conversación, como promotora de la comunicación y como experiencia que intenta una transformación subjetiva en la medida en que otorga la misma relevancia a cada voz, opinión, idea.

En las conversaciones con el grupo fui señalando cómo la dificultad de escucharnos en las diferencias generaba constantes peleas y obstaculizaba la construcción de un vínculo. Con el transcurrir del tiempo, esas peleas fueron dejando espacios cada vez más amplios a la discusión y hubo una notable baja

¹³ Tuson Valls, Amparo: *Análisis de la conversación*, Ariel Practicum, Barcelona, 1997.

de la agresión. Algunas personas eternamente malhumoradas comenzaron a sonreír.

Cuando llegaba su turno para ser atendidos, podían pasar por el Servicio Social si lo necesitaban, y luego por el ropero, donde elegían la ropa. Era usada, a veces manchada o sin botones, limitada en cantidad y variedad. Faltaban prendas interiores, medias, zapatillas y camperas. Para el invierno, a veces llegaban frazadas nuevas que se entregaban de manera controlada, para no dárselas dos veces a la misma persona.

Luego recibían una toalla y un jabón, y pasaban a las duchas. Salían semi-desnudos al patio, donde terminaban de cambiarse, instados por algún asistente a desocupar rápidamente baños y duchas mediante gritos o golpes en las puertas. En el patio, y colgado de la baranda de la escalera, había un espejo que utilizaban cuando se afeitaban, para lo cual contaban con afeitadoras descartables.

Por diligencia de una de las personas a cargo del ropero, a veces había algunos elementos nuevos, como medias o zapatillas de goma.

Con respecto a las charlas privadas, que como ya mencioné las realizaba en el cuarto al que se accedía por la escalera que estaba en el patio, noté que a algunos los intimidaba acercarse, subir la escalera y conversar. Por tal razón, cuando estaba desocupada me sentaba en la escalera, primero en el escalón más alto y luego en los primeros peldaños de abajo. Esta ubicación favorecía que quienes circulaban por el patio se acercaran y nos pusiéramos de este modo a conversar sobre temas generales o personales. Tal el caso de Carlitos, quien me habló de sus fobias a los espacios cerrados que él relacionaba con sus largos años en la cárcel.

Habían transcurrido alrededor de tres meses desde mi llegada cuando se incorporó un peluquero. Se instaló en el patio, y para favorecer su actividad se colocó un mueble de madera con estantes, donde además de sus implementos ubicaron los jabones y las toallas para las duchas.

Esta situación fortuita favoreció la configuración de un espacio al me gusta llamar *el patio* y que tuvo una importancia fundamental en la construcción de ese *nosotros* en cuya construcción yo estaba trabajando.

Cuando una persona necesitaba cortarse el cabello se instalaba en el patio junto al peluquero, y generalmente alguien más se acercaba para participar de la conversación.

Posteriormente se produjo un cambio en la coordinación del Servicio de Deambulantes, que quedó a cargo de una persona para quien el orden y las estadísticas eran lo fundamental, razón por la cual terminó prohibiendo el libre desplazamiento por el patio de quienes se encontraban en la institución. Sólo podían hacerlo cuando les tocara el turno.

Gracias a que en ese momento el espacio del patio estaba ya consolidado, algunas personas lograban escabullirse del control para incorporarse a la charla informal. Entre el primer escalón de la escalera, donde yo me sentaba, y la pared, se delimitaba un pequeño lugar que favorecía las confidencias y la participación en la conversación general.

Lamentablemente, llegó la época de Pentecostés, y la furia evangelizadora arrasó con mi lugar. Me dijeron que iba a ir gente de la parroquia en el mismo horario en que se reunía el grupo. Avisoré un inevitable conflicto y dejé mi trabajo allí.

Instituciones humanitarias vs. Humanismo

*“La experiencia espiritual me apasiona.
La actitud religiosa me es ajena”*

Tzvetan Todorov

En Argentina, las instituciones humanitarias existen a partir de las denominadas “damas de beneficencia” y de las organizaciones religiosas.¹⁴ Esas instituciones humanitarias –sostenidas fundamentalmente por el trabajo del voluntariado– vinieron a cubrir la brecha que dejó vacía el Estado al incumplir con las responsabilidades que le habían sido asignadas. Esto impidió que los ciudadanos contaran con los recursos necesarios –de salud, educativos, culturales y laborales– que les brindaran un contexto apto para desarrollar sus potencialidades.

Estas organizaciones pertenecen en un número considerable a instituciones religiosas y tienen, por lo tanto, un imperativo evangelizador que no siempre respeta el derecho a elegir el propio credo ni los propios valores e ideas. Esta acción está impulsada desde una postura etnocéntrica, apoyada en la creencia de que hay una sola verdad y que transmitirla es lo mejor que se puede hacer por el prójimo. De este modo se vulneran derechos y se desestiman las ideas y creencias del otro, con lo cual también se lesiona el respeto por las diferencias, que exige no realizar juicios de valor.

La institución en la que trabajé es una institución de credo, verticalista, donde se establecen relaciones asimétricas entre asistentes y asistidos sosteniendo como válido un orden jerárquico. Este tipo de organización exige obediencia

¹⁴ Blumenthal, D.; Idone, O. y otros: op. cit.

para sostener la asimetría y dificulta o descarta la colaboración; pues está estructurada para mantener el orden y perpetuar valores.

Me parece vital hacer algunas reflexiones con el objetivo de facilitar transformaciones que eviten la repetición estructurada de aquellas pautas que obligan a que asistidos y asistentes queden rígidamente fijados, coagulados cada uno en su lugar.

Tomo para ello las palabras de Isidoro Berenstein: “Me va pareciendo que ayudar al otro sufriente, además del acto de ofrecerle lo que necesita, requiere desmarcar al asistido del lugar de tal; imposible si el asistente no se desmarca de su propio lugar. El mayor sufrimiento es permanecer dentro de la cárcel de la propia subjetividad, la del asistido y la de los que asisten, sea quienes fueren quienes lo hagan, una ONG a una víctima de la violencia política, sea un médico a un paciente”.¹⁵

Reflexionar sobre estas cuestiones me parece también un modo de enriquecer la tarea de los voluntarios y posibilitar el pasaje de lo estéril de la repetición a lo fértil de lo novedoso. Laing refiere que “la peor violencia de todas es la negación recíproca de la reciprocidad”.

Para Martin Buber¹⁶ el concepto de reciprocidad hace referencia a una antropología basada en la idea de que el ser humano es relación y no que *está* simplemente *en* relación. Se puede pensar en el Yo de manera cabal sólo cuando está en relación con un Tú. En las relaciones genuinamente recíprocas, quien da primero debe poner a quien recibe en condiciones de reciprocidad, de donarse él también para que no caiga en la humillación.

¹⁵ Berenstein, Isidoro: *Devenir otro con otro(s)*, Paidós, Buenos Aires, 2004.

¹⁶ Buber, Martin: *Yo y Tú y otros ensayos*, Lilmod, Buenos Aires, 2006.

Me parece que este tema de la reciprocidad es importante en la relación entre asistentes y asistidos. Cuando doy recibo, salvo que el asistente no reconozca en el asistido a otro sujeto de pleno derecho, sino a un objeto devaluado.

R. D. Laing, en su trabajo *Lo obvio*, dice que una persona no existe sin un contexto social. No se la puede sacar de su contexto y seguir estimándola como persona. Quien no actúa respecto de otros como persona, se despersonaliza.

Una de las coordinadoras dijo en una reunión que su función con los asistidos consistía en *mostrarles el camino*, marcando así con nitidez la asimetría que establecía. Esto se reflejaba, también, en la ausencia de contacto corporal entre la mayoría de los voluntarios y las personas asistidas. Un beso, un abrazo, un apretón de manos, eran gestos infrecuentes.

Escribió Carlitos: “Olga, vos un día me diste un empujoncito que me hizo muy bien. Me diste justo en la matadura. Por eso, aunque me veas borracho y vago, vos sos una gran mujer que no tenés ningún prejuicio en darme un abrazo y un beso, y no te podés imaginar lo que para mí fue todo eso. Es así que llegamos a hacer una gran amistad, por eso el cariño que te tengo es mucho y te deseo lo mejor y acordate siempre: te quiero mucho”.

En el año 2005 vi una película llamada *Crash*. La acción se desarrollaba en Los Ángeles, y dos de sus protagonistas eran policías que actuaban en un accidente de tránsito. Uno le decía al otro: “Es el sentido del tacto. En una ciudad real la gente se roza, te golpea. En Los Ángeles esto es imposible. Estamos dentro de vidrios, creo que chocamos para poder tocarnos”.

Con crudeza se plantea en qué tipo de violencia se puede transformar la violencia de la ausencia de contacto. Todorov habla de su encuentro con Isaiah Berlín: "Es bueno que otro individuo pueda entrar en uno y derribar nuestros esquemas del mundo para obligarnos a crear otros nuevos. Si no se es capaz de acoger lo nuevo, lo imprevisto, y dejarse transformar, es que el espíritu se halla petrificado. El encuentro con los individuos provoca el derrumbe de las categorías: es necesario que los seres humanos las hagan caer".¹⁷

En la población de asistidos pude observar una actitud de deshumano sometimiento, generado seguramente por la necesidad y la costumbre. Muy de tanto en tanto, aparecía algún atisbo de planteos *sotto voce* –como señalé más arriba– críticos hacia la Institución y escuchados con oídos paranoides.

Tuve oportunidad de leer un trabajo de Bajtin¹⁸ sobre el carnaval en la Edad Media que me resultó revelador, pues permite reflexionar sobre los efectos que las jerarquías generaban en la población con su constelación de desigualdades. Dice al respecto que en las fiestas oficiales –que tenían por finalidad la consagración de la desigualdad– las distinciones jerárquicas se destacaban a propósito, y cada personaje se presentaba con las insignias de sus títulos, grados y funciones y ocupaba el lugar reservado a su rango. En el carnaval, por el contrario, todos eran iguales y reinaba una forma libre y familiar entre los individuos que, en la vida cotidiana, se encontraban separados por las barreras infranqueables de su condición, su fortuna, su empleo, su edad y su situación familiar. El carnaval representaba el triunfo de una especie de liberación transitoria de la concepción dominante, mediante la abolición provisional de las relaciones jerárquicas, privilegios, reglas y tabúes.

¹⁷ Todorov, Tzvetan: op. cit.

¹⁸ Bajtin, Mijail: *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, Alianza Editorial, Madrid, 1990.

A diferencia de la excepcional jerarquización del régimen feudal, este tipo de contacto libre y familiar era vivido intensamente. El individuo aparecía entonces dotado de una segunda vida que le permitía establecer nuevas relaciones, verdaderamente humanas, con sus semejantes. El auténtico humanismo que caracterizaba estas relaciones se experimentaba concretamente en ese contacto vivo, material y sensible.

A lo largo de siglos de evolución, el carnaval medieval originó una lengua propia de gran riqueza. Es por eso que Bajtin considera que todas las formas y símbolos de la lengua carnavalesca están impregnadas del lirismo de la renovación, y de la gozosa comprensión de la relatividad de las verdades y autoridades dominantes. Se caracteriza por la lógica original de las cosas *al revés y contradictorias*.

Me voy dando cuenta de la potencialidad creadora que tienen las relaciones simétricas, en tanto se acepten las singularidades y las diferencias de función cuando éstas son necesarias. Este tipo de intercambio favorece la reactivación de la ternura, el reconocimiento y la circulación afectiva y discursiva.

A partir de mis propias vivencias y en particular de esta experiencia que estoy narrando, pienso que la aceptación de las diferencias constituye un trabajo psíquico permanente en la vida de cada uno de nosotros en el que las personas ponemos en juego nuestra ética y nuestra humanidad. Implica el reconocimiento del otro como otro y nos posibilita, al unísono, el registro de cada uno como *otro del otro*.

La palabra empeñada. La necesidad tiene cara de hereje

Decía en la introducción que muchas veces necesitamos exagerar las diferencias y minimizar las semejanzas por temor a confundirnos con ciertas situaciones o personas. Otra manera de intentar evitar la semejanza es mediante el uso del prejuicio, por medio del cual atribuimos las características negativas de todos los grupos humanos a un grupo en particular al que, por diferentes razones, necesitamos discriminar. Un ejemplo de ello es caracterizar a las personas que viven en la calle como mentirosas, lugar común sobre el cual quisiera reflexionar.

José me dijo: “Olga, conseguí trabajo en Pilar pero necesito diez pesos para viajar. El próximo jueves se los devuelvo”. Le respondí que si va a estar trabajando no va a poder venir, a lo que me contestó que sí, que los horarios se lo iban a permitir. Mientras tanto miraba la pequeña habitación en la que estábamos y que yo usaba para las conversaciones privadas y me dijo: “Voy a venir con un amigo a pintarla, así la levantamos un poco”. Nos despedimos, bajé con él la escalera y le comenté al peluquero, de manera que José me escuchara: “Hoy recibí el mejor agradecimiento en mucho tiempo”. Yo, ¿le había creído a José?

Si sé que alguien miente, ¿realmente está mintiendo o la mentira exige que el otro crea en ella como verdad? Si no hay engaño ¿hay mentira?

Carlitos me pidió cinco pesos: “Vos sabés, Olga, que yo te los devuelvo. Ruth” –una de las vecinas amigas que lo ayudaban– “guarda mi dinero, pero ahora es muy temprano para tocarle el timbre”. Carlitos miente pero no me engaña.

Verdad, mentira, ilusión, simulación, velamiento, omisión, ¿recursos para asimilar una realidad que nos excede?

Me va pareciendo que no hay límites netos entre algunos de los fenómenos enumerados, pero sí fuertes determinaciones sociales para recurrir a ellos.

En un parque nacional cerca de Toronto pude observar un pavo que frente a la proximidad de los visitantes infló su plumaje de tal manera que su tamaño pareció duplicarse. Carl Zimmer¹⁹ refiere que Amotz Zahavi –biólogo de la Universidad de Tel Aviv– mientras estudiaba algunas especies animales llegó a la conclusión de que la honestidad ganaba sólo cuando mentir acarrearía riesgos. Notó que especies diferentes podrían ser propensas a distintos niveles de engaño, y que los animales solitarios podían evolucionar a ser más honestos que los animales que pasan una larga vida en grandes sociedades. El científico concluye diciendo que –de ser esto cierto– los humanos pueden estar exquisitamente preparados para engañar.

Le pregunté a Carlitos por qué cree que la mentira es algo habitual y me contestó con la rapidez y la lucidez que lo caracterizaba: “Mirá Olga, yo no sé quién es XX” –nombre de la institución en la que se asiste– “Voy para bañarme y desayunar, si tengo que rezar rezo, si tengo que decir ‘quiero trabajar’ lo digo. Yo fui un delincuente, Olga, y ahora soy un vago. Yo quiero estar en la calle, no me gusta trabajar. Para otros es diferente. Se cayeron y no

¹⁹ Zimmer, Carl: Artículo de The New York Times, publicado en Clarín, 06/01/07.

se pueden levantar. Yo en cambio no quería estar,” –se refiere a su casa– “me iba”. Creyendo seguir el pensamiento de Carlitos pienso: “Si no me reconozco como valorado, ¿cómo me acerco si no es mostrándote que comparto alguno de tus valores? ¿Cómo lo hago? Miento, simulo, oculto.

En este caso podría pensarse que la simulación es un modo de eludir la obediencia, pero también puede entenderse como un puente entre unos, los representantes de la institución, y otros, los asistidos. Sir Julian Huxley, biólogo, escritor y humanista británico, destaca el peligro de la obediencia, es decir, el que se nos haya educado y que eduquemos a nuestros hijos de manera tal que nosotros y ellos estemos dispuestos a hacer prácticamente todo con tal que se nos lo ordene con autoridad suficiente.

Un jurista francés del Siglo XVI, Étienne de la Boétie, escribió un ensayo sobre la *servidumbre voluntaria* basado en el comportamiento de aquellos hombres que obedecían aunque no estuvieran obligados a hacerlo, o que lo hacían obligados aunque su fuerza fuera mucho mayor que la del soberano que exigía la obediencia.

Cuando yo era una niña, mi abuelo paterno, un distinguido anarquista calabrés, utilizaba enfervorizados parlamentos para elogiar el valor de la palabra. Consideraba ofensivo que le exigieran firmar un papel porque decía que *su palabra era suficiente*.

Había un saludo entre los Incas, que al parecer aún se utiliza en Bolivia, que dice así: “Ama Sua, Ama Kjella, Ama Lllulla!” *No mientas, no engañes, no seas perezoso*. Este saludo es imperativo y diferencia claramente la mentira del engaño, prohibiéndolos junto a la pereza. Es probable que en las culturas nómadas –donde la transmisión de las experiencias de esos pueblos era

exclusivamente oral– la mentira y el engaño soportaran el peso de alterar la transmisión. Es muy probable también que en la época de mi abuelo el valor de la palabra se estuviera devaluando, porque si no ¿era necesario salir a defenderla? Yo admiraba y amaba a mi abuelo, y aquel valor pasó a ser mío junto a otros que también me transmitió.

Dentro de la temática de las mentiras y la obediencia, y vinculando ambas con aquellos mecanismos culturales que van sentando las bases que garantizan el control social desde el seno familiar, es tal vez el mito de los Reyes Magos un ejemplo paradigmático de ello.

Este aparentemente inocente mito encubre el control y el dominio que se intenta ejercer sobre los niños. Está al servicio de la obediencia, dado que únicamente los niños “que se portan bien” recibirán la visita de los Reyes y el “portarse bien” implica obedecer.²⁰ Por otra parte, deja apenas velada la amenaza, que es, de lejos, la herramienta más frecuente a la que recurren los padres para sostener los límites, que encubre y muestra la falta de autoridad y de recursos educativos de los adultos.

El sistema social –instituciones familiares, educativas y sociales– opera a través de una red de reciprocidades de obediencia común. A propósito de ello me parece oportuno mencionar los siguientes conceptos de Diana Cohen Agrest: “El sentido común suele identificar la ética con la moral, y a menudo usamos uno u otro término indistintamente. Pero si aspiramos a la precisión conceptual debemos advertir que mientras que la ética es la teoría sobre el hecho moral, la moral alude al conjunto de normas y conductas predominantes en una sociedad. En cierto sentido, nos es impuesta. Así, creemos

²⁰ Gracias a mi gran amiga, la Dra. Noemí Valerga, médica psicoanalista argentina.

comportarnos moralmente cuando en verdad sólo nos dejamos llevar por la corriente. En contrapartida, la ética es la reflexión sobre el conjunto de conductas y normas imperantes y, por extensión, es la reflexión sobre cómo conducir nuestra vida. Es un compromiso asumido frente a nosotros mismos, e implica ocuparnos de cómo deberíamos vivir y de qué forma deberíamos hacerlo”.²¹

Desde este punto de vista, que comparto, la ética de Carlitos y la de José es aquella que les permite un mejor vivir dentro de las condiciones actuales en las que se desarrolla su existencia.

(Aquí iría una copia de la tira de Diógenes y el Linyera)

²¹ Cohen Agrest, D.: *Los intelectuales y el país de hoy*, La Nación, 25/11/06.

El trabajo: de la dignidad a la esclavitud

*"Hoy como todos los días he reservado
el tiempo necesario para no hacer
nada de nada"*

Raymond Carver

Según la definición de la Real Academia Española, *digno*, en su primera acepción, significa: "Que merece algo en sentido favorable o adverso. Cuando se usa de manera absoluta, indica siempre buen concepto y se usa en contraposición a indigno".

Escuchamos hasta el cansancio en el discurso hegemónico que el trabajo dignifica al hombre, es decir, que es la actividad paradigmática que le posibilitaría acceder a una condición de dignidad.

Conocemos la fuerza del discurso en cuanto a su poder de generar subjetividad, como una matriz que moldea pensamientos y acciones, en general al servicio de quienes detentan el poder.²²

Desde este punto de vista, el discurso, como el gran productor de subjetividad, genera comunidades en las que la mayoría de sus integrantes consideran el trabajo como algo imprescindible en la vida de los hombres. En consonancia, quienes no trabajan son considerados vagos y peligrosos, pues ejercerían un efecto pernicioso sobre el resto de la población.

²² Conceptos del Dr. Jorge A. Carpinacci, médico psicoanalista argentino.

Vuelvo este punto a las palabras de Carlitos. Él me decía que fue un delincuente y que ahora es un vago, que no le gusta trabajar, que quiere estar en la calle.

Según el diccionario etimológico²³ *vagar* significa “tener tiempo”, “estar ocioso”. Del latín *vacare* –“estar ocioso”, “estar vacío”, “estar libre”– deriva *vagabundo*, y de *errar* deriva “indefinido” y también “equivocarse”.

Si bien considero que las referencias etimológicas tienen relativo valor porque tienden a cristalizar parcialmente la cualidad vital del habla, me interesa señalar cómo se han ido modificando las cualidades inherentes a estos vocablos. *Vago*, de significar “estar ocioso, vacío, libre”, pasa a ser “vagabundo”, y la cualidad de *errante* a “inconstante, indefinido”.

Cabe preguntarse si estas transformaciones están relacionadas con el valor que se le ha asignado al ocio en los diferentes momentos de la historia. Ejemplos de ello lo constituyen tanto la glorificación que de él hacían los griegos –quienes lo privilegiaban a cualquier tipo de actividad– y el *dolce far niente* de los italianos, que significa *dulce ociosidad*. *Dolce* viene del latín *dulcis*, que quiere decir “halago a los sentidos” y según el poeta Horacio equivale a “no tedioso”, a “lo que no sea forzoso deber”, a “algo que se recompensa por sí mismo”. *Far niente* significa “no hacer nada”, es decir, vivir en el ocio, que en este caso se convierte en un entretenimiento o en distracción del espíritu. Entregarse al *dolce far niente* es entregarse a una actitud hedonista con una clara inclinación a la contemplación. En nuestros días se lo considera tiempo improductivo y la madre de todos los vicios.

²³Corominas, J.: op. cit.

Sigamos con el recorrido histórico, para lo cual voy a tomar un tramo del trabajo de Pablo Rieznik: “En la historia anterior, el trabajo no era concebido como algo propio de la actividad humana (...) y hasta el final de la Edad Media (...) se consideraba que la riqueza era un don de la tierra imposible de ser creada o reproducida por la intervención del mismo hombre, que, en todo caso, se limitaba a descubrirla, extraerla y consumirla. (...) El trabajo para el mantenimiento de la vida era concebido (...) tarea obligada y penosa, ejercicio propio del degradarse”.²⁴

Continúa diciendo Rieznik que en la Grecia clásica el trabajador era esclavo, y no era considerado hombre, pues el hombre no trabajaba. Llama la atención de este autor que en la lengua griega no existe una palabra para designar el trabajo con la connotación que le otorgamos en la actualidad. Y en la tradición judeo-cristiana, el trabajo productivo se presenta como carga, pena y sacrificio impuestos al hombre como castigo debido a su caída en la miseria de la vida terrenal. Trabajo y sudor, parto y dolor, serán las consecuencias del llamado *pecado original*. Resulta interesante señalar que el trabajo y los diferentes sentidos que se le asignaron a lo largo de la historia y hasta nuestros días, son producciones culturales. Por lo tanto, y desde esta perspectiva, resulta difícil sostener que el trabajo es una actividad propia y esencial en la vida del hombre, que lo determina como tal. La idea de *trabajo* es producto de cada contexto socio-económico y su significación y valoración van variando a lo largo de la historia.

En la modernidad, y con el desarrollo de la sociedad industrial, surge la imperiosa necesidad de mano de obra para las fábricas. No es ajena a esta

²⁴ Rieznik, Pablo: *Las formas del trabajo y la Historia*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2003.

necesidad el comienzo de una modificación en la valoración del trabajo. Deja de ser una tarea servil para convertirse en una actividad valorada positivamente, a punto tal que se llega a su mistificación. El trabajo pasa así a transformarse en el eje central de la vida de los hombres y en el regulador de otros espacios, como la familia y el esparcimiento.

Según Marx esta mudanza tiene lugar cuando las fábricas comienzan a producir para el mercado y el trabajo tiene entonces valor de cambio.

Javier Donrosoro dice que los nuevos significados que adquiere el trabajo van desde un sentido cósmico –dado que el ser humano completaba a través de él la obra de Dios– y un sentido personal –porque era el mejor medio para que el hombre encontrara su perfección–, hasta un sentido social, pues el trabajo era decisivo en la creación de la sociedad y la impulsión del progreso. La ética puritana lo consideraba un fin en sí mismo y la actividad que le daba sentido la vida.

El economista francés Jaques Freyssinet²⁵ –especialista en diseño y gestión de políticas de empleo– se refirió a uno de los aspectos relacionados con el trabajo: la idea de control social que apareció a fines del Siglo XIX a partir del supuesto de la peligrosidad de los pobres y la necesidad de disciplinarlos sometiéndolos al trabajo. Este control se realizaba a partir de que cualquier ayuda pública estaba condicionada por la demostración de la *voluntad de trabajar*, de la búsqueda activa y efectiva de un empleo y la disposición a aceptar sin condiciones lo ofrecido. Durante los períodos de pleno empleo estos mecanismos desaparecieron en los países desarrollados, hasta que la interrupción del crecimiento y la desocupación masiva llevaron al

²⁵ Entrevista realizada por Verónica Gago y publicada en Página 12, 01/10/06. Freyssinet fue invitado por los institutos Piette, Conicet y IADE y dictó un seminario en el Ministerio de Trabajo sobre políticas de empleo.

reestablecimiento de los mecanismos de control social para la población que se encontraba al margen del mercado de trabajo. En nuestros días, hablamos de *trabajo esclavo*” y no de *esclavos*. Si cuestionásemos nuestra noción de trabajo podríamos tal vez hablar de *esclavos* y no de *trabajo esclavo*, y de este modo quizás algunos *vagos* llegarían a transformarse en visionarios que rechazan la esclavitud.

La expresión *trabajo esclavo* califica al trabajo y no al hombre que lo realiza. ¿Estaremos utilizando un eufemismo para intentar velar esta condición?

En la institución en la que estuve trabajando, la mayoría de las personas que llegaban en busca de asistencia solían decir que alguien conocido les iba a conseguir trabajo y/ o vivienda. Luego relataban que ya habían conseguido empleo y que comenzarían la semana siguiente. Las dilaciones continuaban, pero en general el trabajo no se concretaba. La reiteración de esta situación me llevó a pensar que muchas de esas personas simulaban la búsqueda laboral para responder a aquello que la institución consideraba esperable y deseable, y recibir así la precaria asistencia que se les brindaba.

Los ámbitos institucionales favorecen la aceptación de la valoración actual del trabajo, a tal punto que la persona sin trabajo sufre el escarnio y la marginación en sus propios grupos de pertenencia. El contexto socio económico que produjo esta valoración se ha modificado, pero no así su significación.

Recuerdo comentarios de las personas más jóvenes que concurrían al servicio, tales como: “Por esa plata no”, “Prefiero limpiar vidrios” o “Prefiero los malabares”, haciendo referencia a algunas actividades que realizan en las avenidas o calles de mucho tránsito, aprovechando el tiempo que el

automovilista debe parar frente al semáforo en rojo y recibiendo a cambio unas monedas.

Me pregunto si la actitud de algunos grupos, que rechazan las actuales condiciones laborales y prefieren subsidios o dádivas, funcionan como grupos de resistencia, involuntarios o no. ¿Antecederán estos fenómenos a un posible cambio de esas condiciones actuales?

La piel. Las formas de vida son parte de la propia vida

El hombre está acostado sobre las baldosas de la calle Paraguay, casi esquina Rodríguez Peña, muy cerca de la iglesia católica Del Carmen. Su cabeza está apoyada sobre un atado de ropa. Duerme y sujeta con su mano una botella de cerveza.

Su cuerpo está cubierto por ropa gastada y sucia. Sus manos y su cara están desnudas. La suciedad que lo envuelve ya forma parte de su piel, que se transformó para adaptarse a la intemperie.

La piel cubre totalmente nuestro cuerpo: nos impermeabiliza, nos protege de los golpes, regula la temperatura corporal. Dado que nos permite sentir numerosas sensaciones, juega un papel esencial en la comunicación, la afectividad y el placer. Una de sus características singulares es su olor.

En la novela *El perfume de Patrick Süskind*, cuya trama transcurre en la Francia del siglo XVIII, el pequeño protagonista es rechazado por una de sus nodrizas porque no tenía ningún olor. Ella dice entonces: “Este niño me horroriza porque no huele como deben oler los lactantes. Está poseído por el demonio, porque no huele a nada en absoluto. Mis hijos huelen como deben oler los seres humanos”.

En ocasiones nos alejamos de algunas personas por el olor que emanan. ¿Cuál es el olor que aceptamos? ¿Cuál es el olor que nos invita a acercarnos y cuál el que nos aleja?

Cuando alguna de las personas que viven en la calle llega a un hospital, el personal que lo asiste conoce los riesgos que ocasionaría su limpieza profunda, pues el agua y el jabón arrasarían no sólo con la suciedad sino también con la

piel. La piel se apropia de la suciedad. Ya no es suciedad, ahora es piel reforzada, endurecida; bello y paradigmático ejemplo de esa unidad de la que hablamos con frecuencia: el hombre y su entorno, en una producción recíproca, multidimensional y al mismo tiempo singular.

Omar, quien concurre al Servicio en el que trabajé como voluntaria, compartió conmigo sus hermosos relatos escritos. Una mañana, cuando él llegó, me acerqué a saludarlo y me mostró su cuaderno. Percibí un olor terrible, diferente a los olores habituales, un olor que no podía individualizar, un olor ácido muy difícil de soportar. Luego me enteré de sus piernas ulceradas.

Escribió: “En mi primera noche, abrí los ojos en el sueño y miré mi vestimenta”, ya que, según relata, “los aborígenes de Nuevo México consideran que cuando duermes mueres, y despiertas en el sueño y vives otra vida”.

La profundidad espiritual de Omar, su condición de sujeto, se pierde detrás de sus llagas malolientes. Podríamos convertirlo en un objeto que huele mal, de la misma manera que objetalizamos a alguien cuando alabamos el perfume que lo envuelve.

Llagas malolientes, la basura que se pega a la piel y pasa a formar parte del sujeto sin saberlo... Se embellece la basura, se basuriza el hombre.

La piel nos envuelve, nos abraza, nos entibia, nos protege. Nos habla del frío y del calor, de las caricias y de los golpes, de las heridas y de las cicatrices, de experiencias múltiples de protección y desamparo, de amor y desamor, de bienestar y de dolor, experiencias que quedan inscriptas en ella de manera imborrable y forman parte de nuestra memoria pasada y futura. Siente nostalgia de las caricias y las busca. Al mismo tiempo, teme el dolor y se aleja.

La piel antecede al Yo y posibilita su construcción a medida que somos acariciados, sostenidos, arrullados. El Yo, la estructura con la cual nos presentamos como sujetos, surge de las experiencias táctiles gracias a los órganos de los sentidos que la misma piel alberga. Cuando la percepción elabora el registro que realizan los sentidos en una *epidermis* que ha sido perforada por insectos o parásitos –como en el caso de la sarna–, llena de rasguños provocados por el rascado en un inútil intento de aliviar la picazón, con granos con pus y costras que cierran las heridas, ¿cómo se presenta ese Yo? En la singularidad de cada historia encontraremos la respuesta, pero podemos afirmar sin temor a equivocarnos que ese Yo está agujereado, herido, empobrecido y sometido.

Desde lo metafórico, hablamos de nuestra vestimenta como la segunda piel. No obstante, me va pareciendo que la imagen de la vestimenta se aproxima más a la casa, aunque tanto la piel como la casa comparten algunas de las funciones que describimos más arriba.

“Todo espacio realmente habitado lleva como esencia la noción de casa”, dice Gastón Bachelard en *La poética del espacio*, bellísimo libro que tomé como principal referencia para escribir partes de este capítulo.²⁶

Iré relatando una serie de ejemplos que posibiliten hacer una reflexión acerca de si el hecho de vivir a la intemperie implica necesariamente carecer de un espacio propio que pueda homologarse al de una casa.

El hombre parece muy joven, tal vez de unos cuarenta años. Tiene unos grandes ojos azules y permanece a la intemperie, sentado en las escalinatas de un edificio o en un macetero, bajo la sombra de un ceibo. Tiene unos bolsos

²⁶ Bachelard, Gastón: *La poética del espacio*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1965.

con los que se traslada cuando cambia de lugar. Durante varios meses, tal vez un año, como única vestimenta llevaba una bolsa grande de polietileno, negra, de las de consorcio, que lo cubría desde el cuello hasta los pies. Más que vestimenta parecía un ondulante tabique que delimitaba un espacio. Por algunos movimientos que se podían observar, como si se rascara a veces o masturbara otras, la bolsa delimitaba su espacio privado. Ese era el espacio que él habitaba.

Dada la condición de indefensión del ser humano al momento de nacer, presumo que al salir del seno materno hubo alguien que aún de modo incierto alimentó y amparó a este hombre, permitiendo de este modo su llegada a la vida adulta. Quizás ciertas impresiones sensoriales dejaron sus huellas anudadas a deseos en lo profundo del inconciente. Esa bolsa podría ser, gracias al sueño o a la imaginación, la casa-útero, la casa-abrazo.

Continúo con Bachelard: “Veremos a la imaginación construir muros con sombras impalpables, confortarse con ilusiones de protección o, a la inversa, temblar tras unos muros gruesos y dudar de las más sólida de las atalayas”.

Pedro se sienta en la ochava de Paraguay y Montevideo, nunca antes del atardecer. Casi siempre, otro hombre lo acompaña. Yo se dónde ubicarlo según los días y las horas. Ése es su lugar. En esa ochava, que pertenece a un edificio de departamentos, hay un local en alquiler, cerrado con una cortina de metal que termina en un escalón que le sirve de asiento y se continúa hacia arriba, formando un pequeño techo.

Lo conocí en aquella institución en la que trabajé, donde tuve oportunidad de conversar varias veces con él. Es una persona a la que le gusta el diálogo. Es también un gran lector. Ahí sentado, Pedro lee.

Guillermo me cuenta contento que encontró un lugar para dormir. Es en el espacio que queda entre dos vidrieras, en un negocio. El lugar tiene techo, paredes de vidrio y una puerta dibujada por él sobre un cartón corrugado.

Carlitos, los fines de semana, se instala con comodidad en uno de los aleros de un edificio de oficinas que permanece cerrado. El encargado de otro edificio le regaló una pizarra con un atril donde Carlitos escribió: “Carlitos y la Pirucha” –su perra–, delimitando claramente su espacio y apropiándose del lugar durante las cuarenta y ocho horas del fin de semana. “(...) pero allende los recuerdos, la casa natal está físicamente inscrita en nosotros... El menor de los picaportes quedó en nuestras manos”.²⁷

En la Ciudad de Buenos Aires, la calle en la que vive Carlitos tiene una vereda muy ancha, en la que algunos bares ponen sus mesas. Uno de ellos tiene maceteros de cemento colocados sobre el cordón de la acera. Carlitos me llama y me muestra cómo había brotado la papa que había plantado en uno de esos maceteros y se había transformado en una hermosa planta llena de pequeñas hojas color verde claro.

Gracias a sus recuerdos, a su poderosa imaginación y a su capacidad onírica, ese hombre, en la intemperie, dibuja paredes, traza techos, puertas y ventanas, y cultiva jardines.

²⁷ Bachelard, Gastón: op. cit.

Los Cínicos

Domingo de elecciones. Lo encuentro a Carlitos y le pregunto si iba a ir a votar. Alza los brazos y los agita con algarabía mientras me dice: “¡¡Olga!! ¡¡Soy un indocumentado!!”, a lo cual le contesto: “¡¡Y lo bien que hacés!!”

Carlitos escribió: “Me hicieron una pregunta: ¿Qué es un indocumentado? Le contesto así: un indocumentado es una persona que quiere vivir en libertad, sin compromiso y sin reglamento y que nadie le joda la vida. Para gente como yo es lo mejor que hay. Así, aunque la sociedad nos margine, les diré que somos más felices que ellos al no estar enredados en esa telaraña de falsedad, mezquindad y mentiras. Y bueno, el mundo está hecho así, y el que quiere lo acepta y el que no, igual. Para eso somos libres”.

Decía en la introducción que los *hombres en la calle* son una población excluida del sistema de producción pero integrada a la comunidad, a la que ayudan de algún modo a con-formar desde su lugar en los márgenes.

¿Qué función cumplirán *dentro de* la comunidad? Sin que ellos se lo propongan, la vida de los *hombres en la calle* tiene una potencialidad desestabilizadora. Produce temor y muestra que se puede vivir fuera de la cadena de consumo, con mínimas necesidades cubiertas, sin la protección de un techo y con escasas o nulas pertenencias.

Para ampliar la comprensión sobre estas cuestiones tan típicas del siglo XXI me parece importante recordar los planteos que los cínicos hicieron en la Antigüedad. En el año 365 AC nacía Antístenes, filósofo que enseñó en el Cinosargo –nombre que etimológicamente deriva de *cynós*, que en griego significa *perro*–, gimnasio situado en las afueras de Atenas, donde se reunían

los habitantes de la ciudad que no eran de ascendencia ateniense pura. De allí deriva el nombre de la *Escuela Cínica (de los perros)*. A los *cínicos* les gustaba llamarse perros porque sentían inclinación por las virtudes de este animal, entre las que señalaban la fidelidad y la preocupación por el prójimo. Según Michel Onfrain,²⁸ los cínicos, a semejanza del perro, comían en la plaza pública porque se negaban a obedecer el ceremonial de las comidas, sus horarios, sus lugares establecidos y sus hábitos.

Entendían por virtud la vida en conformidad con el hábitat, y la relacionaban con un saber vivir que permitía alcanzar la felicidad mediante la autarquía, el dominio de sí y el desapego de todo bien material y de toda necesidad superflua o artificial. Rechazaban toda convención social porque las consideraban ataduras.

Vestían un manto o *zurrón* y llevaban un bastón, y para liberarse de toda atadura, no tomaban nada que no pudieran llevar consigo.

Uno de los seguidores más importantes de esta escuela fue Diógenes de Sinope, quien nació en el 413 a.C. y murió en el 327 a.C. Adoptó la modalidad de vida de la Escuela Cínica, su indumentaria austera, dormía en la calle o en un ánfora y era crítico de las instituciones sociales. Se encargaba de escandalizar a la población transgrediendo sus costumbres: comía carne cruda, y hacía sus necesidades fisiológicas en la calle, incluso las sexuales; pues consideraba que había que satisfacerlas en lo inmediato para no ser esclavo de ellas.

El hombre que se cubría con una bolsa de plástico llamaba la atención sin proponérselo. Diógenes, en cambio, tenía la intención de escandalizar, de

²⁸ Onfray, Michel: *Cinismos. Retrato de los filósofos llamados perros*, Colección Espacios del saber N° 27, Paidós, Buenos Aires, 2002.

inquietar, de sacudir la vida de los hombres, mostrarles la esclavitud en la que vivían. Llevaba al extremo la libertad de palabra, y se dedicaba a criticar y denunciar todo aquello que a su entender limitaba al hombre, en particular las instituciones. Propuso una nueva valoración opuesta a la tradicional y se enfrentó constantemente a las normas sociales. Se consideró cosmopolita, es decir, ciudadano del mundo: en cualquier parte se encuentra el cínico como en su casa y reconoce esto mismo en los demás. Por lo tanto, el mundo es de todos.

“Los demás perros” –afirmaba Diógenes– “muerden a sus enemigos, mientras que yo muerdo a mis amigos con la intención de salvarlos, (...) ladrar y morder son dos modos de llamar la atención sobre la dirección que conviene seguir, de mostrar el camino que hay que recorrer, (...) el cínico gruñe ante todo lo que contradice su ideal de virtud, cualquier cosa que se oponga a la autonomía y la independencia, (...) el perro anuncia una manera incisiva de practicar la sabiduría”.²⁹

Resulta interesante advertir que el adjetivo *mordaz* se utiliza en nuestra lengua para aludir a una singular modalidad de expresión crítica, ingeniosa y cáustica.

Los cínicos criticaron de manera irónica y apasionada la teoría platónica de las ideas, y mostraron interés por la inmanencia, la vida cotidiana y lo concreto. Los *hombres en la calle* no tienen la intención, a diferencia de los cínicos, de provocar modificaciones en la comunidad, pero son sujetos que podrían promoverlas, y esto es independiente de las complejas variables que los llevaron a esa situación. Esas variables son diferentes en cada una de las

²⁹ Onfray, Michel: op. cit.

personas de las que se trate. Se podrían señalar algunos detonantes, tales como la expulsión del hogar por algún tipo de adicción, la fuga de alguna institución para enfermos mentales, y el rechazo a situaciones familiares, como por ejemplo el caso de un joven de catorce años que se fue de la casa porque el padrastro violaba a su hermana.

Los *hombres en la calle*, forzados a esa situación o a causa de una elección personal, habitan las ciudades generando diferentes efectos movilizadores.

Carlitos y su aparente inmovilidad

“Dicen que viajando se fortalece el corazón...”

Lito Nebbia

Carlitos nació en el sur, en la Patagonia. Según cuenta, era muy pibe cuando se subió a un tren y vino para Buenos Aires. Desde entonces estuvo en la calle, con “buenas o malas juntas”, con varios años en la cárcel, alguna enfermedad y un accidente que requirió un largo período de rehabilitación. Por esta razón estaba viviendo en el Hogar Belén, en el barrio de Flores. Desde que nos conocimos me habló de su familia en el sur: hermanos, sobrinas, cuñadas. Algunas de las vecinas que se acercaban a ayudarlo consideraron que “debía vivir con su familia” y se conectaron vía Internet con sus sobrinas. Carlitos comenzó a entusiasmarse con la idea de regresar al sur y los últimos días antes de la partida se lo veía ansioso. Una vecina le ofreció su baño y ropa limpia para mejorar su apariencia. Viajó y estuvo varios meses en dos ciudades sureñas donde su familia le brindó alojamiento. Pero quiso volver.

Su esquina estaba ahora ocupada por otra persona. Entonces se instaló a sólo unos metros, sobre Córdoba. Las sobrinas siguieron conectadas con las vecinas, hasta que surgió nuevamente entre ellas la idea de que Carlitos vuelva al Sur. Fue así como él viajó otra vez para allá, para regresar nuevamente, un tiempo después, a Buenos Aires.

Entre el Sur y Buenos Aires se produjo un desplazamiento promovido por vecinas y sobrinas, que fue aceptado por Carlitos, pero... ¿qué desea él? ¿Vivir acá, vivir allá? ¿Busca algún lugar?

Pienso que Carlitos busca el desplazamiento. Se construye en el camino, entre el Sur y Buenos Aires, en ese espacio de errancia donde la libertad es posible.

El lugar en el que trabajé se denominaba, como lo señalé al comienzo, Servicio de Deambulantes, nombre que señala una de las características de las personas que viven en la calle: la de desplazarse, razón por la que son llamados *vagabundos*. Los desplazamientos se suelen dar en circuitos de diferentes dimensiones y por razones varias. Una de ellas se relaciona con la particular organización interna de de cada una de las instituciones de asistencia: algunas ofrecen el desayuno un día determinado de la semana; otras, el almuerzo; alguna que otra la merienda, y finalmente están las que ofrecen la cena. Además, estos lugares requieren que sus asistidos tengan que afrontar esperas considerables para recibir los alimentos. Este sistema de servicios, al mismo tiempo que palia alguna necesidad de subsistencia, dificulta la búsqueda de otras opciones vitales, como por ejemplo alguna actividad laboral.

En páginas anteriores hice mención a que en el diccionario etimológico³⁰ la palabra *errar* significa tanto *vagar* como *equivocarse*. No menos interesante resulta que de *nómada* derive *úlceras devorantes*. Este doble sentido –vagar y equivocarse– podría dar cuenta de la doble mirada que la comunidad tiene sobre este fenómeno social, que genera miedo y fascinación al mismo tiempo, y de la ambivalente actitud de atracción y rechazo que recae sobre la errancia.

³⁰ Corominas, J.: op. cit.

Metafóricamente, cuando pensamos también viajamos, y lo expresamos cuando hablamos refiriéndonos a los “camino de la mente” o “el rumbo” que sigue el pensamiento.

De hecho construimos caminos mentales cuando, usando nuestra libertad, encontramos novedosos vericuetos que nos alejan de la reiteración y nos acercan a la creación.

La errancia está en la estructura fundacional de los pueblos y queda definida por la polaridad arraigo-desarraigo, ya que no puede existir uno sin el otro. Hay también, en todo ser humano, un continuo movimiento de desplazamiento, a veces imperceptible, pues todos nos trasladamos a diario y a lo largo de la vida de un lugar a otro, tanto por espacios concretos como también psíquicos, sociales, virtuales. Resulta oportuno citar aquí las palabras de Michel Maffesoli: “Las diversas formas de misticismo nos recuerdan que antes de todo establecimiento, lo que funda la convivencia es, sin duda, una estructura nómada. Es decir, una actitud de ser y una manera de pensar abiertas a la alteridad, a los otros o al Otro.”³¹

Pareciera ser que el ser humano ha sido desde siempre un explorador de territorios desconocidos. Si es cierto que el hombre es oriundo de África, deberíamos aceptar que gran parte de los habitantes del planeta podrían ser entonces considerados como *extranjeros*. Digo que deberíamos aceptarlo para que pueda perderse de este modo el espacio de la extranjería: espacio de proyección de miedos, incertidumbres, de nuestra ajenidad permanentemente presente y rechazada. En el año 2005 acompañé como tutora a la Lic. Anne Saint-Genis en la elaboración de su tesina sobre Psicoanálisis de las

³¹ Maffesoli, Michel: *El nomadismo. Vagabundeos iniciáticos*, Fondo de Cultura Económica, México, 2004.

Configuraciones Vinculares. Durante el rico intercambio que tuvo lugar durante esos meses, Anne me dio a conocer el libro *El canto de las pistas*, de Bruce Chatwin, que ella tradujo al castellano y utilizó para escribir su trabajo. Ese texto, de una inusual belleza, habla de las creencias de los aborígenes australianos, su concepción del mundo y de “la necesidad de alejarse para sentirse en casa”. Transcribo a continuación algunos fragmentos: “Fue en el período que ejerció la profesión de instructor que Arkady aprendió la existencia del laberinto de senderos invisibles surcando todo el territorio australiano y conocido por los europeos como songlines, itinerarios cantados o pistas de los sueños, y por los aborígenes como huellas de los ancestros o caminos de la ley.

Los mitos aborígenes de la creación hablan de seres totémicos legendarios que habían recorrido todo el continente al Tiempo del Sueño. Y fue cantando el nombre de todo lo que cruzaban en el camino –pájaros, animales, plantas, rocas, pozos de agua– que habían hecho llegar al mundo su existencia. (...) durante su atravesar el país, cada ancestro dejó en su estela una serie de palabras y de notas de música y cómo estas pistas de sueño, generalmente, formaban en todo el país vías de comunicación entre las tribus más alejadas. Un canto, dijo, era a la vez un mapa y un topo-guía. Por poco que se conocía el canto, siempre se podía orientar en el terreno. (...) Pareciera que las principales pistas cantadas hubieran aparecido en el norte o en el noroeste de Australia, nacieron en tierras lejanas y tuvieron que atravesar el mar de Timor o el Estrecho de Torres. Después, serpentearon hacia el sur y cruzaron todo el continente. Dan la impresión que representan los itinerarios de los primeros australianos (...) y que vinieron de otro lugar.

(...) Veo itinerarios cantados extendiéndose en todos los continentes, a través de los siglos. Veo los hombres dejando atrás suyo el surco de cantos (de los cuales a veces percibimos el eco). Y sus senderos nos traen de vuelta, en el tiempo y en el espacio, a una pequeña zona aislada de la sabana africana, donde braveando los peligros que lo rodeaban, el primer hombre clamó la estancia por la cual abre el canto del mundo: 'Yo soy' "

El hombre, en su errancia, siembra senderos que devendrán puentes entre su condición humana y la pertenencia al universo planetario. Al respecto Maffesoli dice lo siguiente: "De esta manera en la tradición Zen, precisamente en la escuela Hui Neng, la no pertenencia a un lugar es la condición esencial de la realización personal en la plenitud del todo".

Junto a la búsqueda de un lugar del cual apropiarse para establecerse, convive en el hombre la necesidad de *otro lugar* para descubrir o reencontrar, que podría ser pensado como la presencia ancestral de nuestro pasado nómada y de nuestra propia extranjería.

La vida moderna intentó sostener el orden social a partir de regímenes disciplinarios que implicaban espacios cerrados, tal como vemos en la casa, la familia, la escuela, las fábricas, el hospital y las cárceles.

El *panóptico* es un sistema de vigilancia ideado por un jurista británico, Jeremy Bentham, y descrito por Foucault³² como una estructura edilicia compuesta: en la periferia por un edificio circular, y en el centro por una torre que aparece atravesada por amplias ventanas que se abren sobre la cara interior del círculo. El edificio periférico está dividido en celdas, cada una de las cuales ocupan todo el espesor del edificio. Estas celdas tienen dos ventanas:

³² Foucault, M: *Vigilar y castigar*, Siglo XXI, México, 1976.

una abierta hacia el interior. que se corresponde con las ventanas de la torre, y otra hacia el exterior, que deja pasar la luz de un lado a otro de la celda. Basta pues situar un vigilante en la torre central y encerrar en cada celda a un loco, un enfermo, un delincuente, un obrero, un alumno. Mediante el efecto del contraluz se pueden visualizar, desde la torre, las siluetas prisioneras en las celdas de las periferias proyectadas y recortadas en la luz.

El panóptico se encuentra repetido facsimilarmente en todas las instituciones, tanto en el plano de lo concreto de lo edilicio, como en el metafórico de los vínculos que se desarrollan en su interior. Tal como lo expresa Maffesoli,³³ el pasaje del nomadismo al sedentarismo favorece la dominación, ya que el errante escapa a la mirada del panóptico.

La modernidad intentó acallar algunas de las características que el hombre ha atesorado desde sus ancestros, como la errancia. Freud, para referirse a la inmortalidad de los deseos inconcientes, recuerda “los titanes de la saga sepultados desde tiempos primordiales bajo las pesadas masas rocosas que una vez les arrojaron los dioses triunfantes, y que todavía ahora, de tiempo en tiempo, son sacudidas por las convulsiones de sus miembros.”³⁴

En la actualidad, las juventudes habitan las plazas y muchas personas viven en la calle y pocos trabajan. Y tenemos a mano tranquilizadoras lecturas positivistas que intentan explicar estos fenómenos de manera válida pero parcial. Dan cuenta de estas situaciones recurriendo a argumentos tales como la crisis económica mundial, la falta de trabajo y, en otro orden de cosas, la pérdida de la casa, que obliga a una parte de la población a ocupar los espacios públicos. Válidas pero parciales porque no toman en cuenta factores

³³ Maffesoli, M: op. cit.

³⁴ Freud, Sigmund: *La interpretación de los sueños*, Obras Completas, tomo V, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.

sociológicos y antropológicos que también son factores determinantes de los fenómenos sociales. Tal es el caso de la errancia, que debería ser valorada desde el *arke*³⁵ griego como aquello que fue primero y fundamental en la historia del hombre. Deberíamos preguntarnos si se la podría considerar como una reacción social que lleva a los grupos a salir del encierro de la modernidad.

¿Y si aquello que quedó bajo la roca mostrara sus convulsiones?

Me referí anteriormente a las *juventudes*, y me parece pertinente aclarar por qué uso el plural. Hace unos años publiqué un artículo en la revista online *Psicoadic*, donde decía lo siguiente: “Junto con algunas condiciones universales atribuidas a la adolescencia queremos señalar que la pertenencia a determinada cultura, el acceso o no a las nuevas tecnologías, a la educación, al mundo del trabajo, y la pertenencia a cierta configuración familiar, da lugar a una diversidad de juventudes que sorprende por su riqueza. Es necesario tener en cuenta la multiplicidad de determinaciones para evitar conclusiones erróneas, como podría ser considerar patológicos fenómenos que tienen que ver con características de nuestra época.

Los cambios sociales nos permiten hablar de nuevas sensorialidades desligadas de viejas tradiciones y construidas sobre la fragmentación del *zapping*, la empatía con la cultura tecnológica y una gran facilidad para relacionarse con la compleja red informática. Walter Benjamín habla de *un sensorio nuevo*, nuevos modos de percibir, sentir, ver y oír”.

Dentro de la diversidad cultural con la que los diferentes grupos humanos desarrollan la vida en sociedad, quisiera hacer una especial referencia a los *sadhu* (Saa-dhu), en quienes podemos encontrar algunos elementos que

³⁵ Palabra griega que significa principio, fundamento, comienzo, utilizada por los primeros filósofos para referirse al elemento primordial del que está compuesta y/o del que deriva toda la realidad material.

guardan relación con el tema que nos convoca. Un *sadhu* es un monje o asceta hindú. Ese mismo nombre recibe, dentro de dicho sistema de creencias, la llamada *cuarta fase* de la vida del hindú, a la que éste llega después de estudiar, ser padre y ser peregrino. La tradición *sadhu* consiste en renunciar a todos los vínculos que unen a lo terrenal o material en búsqueda de los verdaderos valores de la vida. Por norma general un *shadu* vive incluido en la sociedad, pero intenta ignorar los placeres y el dolor humano.

Han dejado atrás todas las ataduras materiales y sexuales, y viven en cuevas, bosques y templos por toda la India. Son personas respetadas, veneradas e incluso temidas. Son mantenidos por todos los ciudadanos, quienes les donan alimentos. Hay muchas clases de *sadhu*. Algunos llegan a vivir en las montañas durante muchos años.

Podemos conjeturar que las personas o grupos que se desplazan no son tan fácilmente sometibles como las comunidades sedentarias. Tanto al errante como a las poblaciones nómadas de las que pueden o no formar parte se los suele asociar, peyorativamente, con lo arcaico. Se calcula que el desplazamiento comenzó hace dos millones de años. El hombre primitivo se desplazaba en búsqueda de comida para su supervivencia y también obligado por fenómenos naturales. Esta errancia posibilitó que los continentes se fueran poblando con grupos de diferentes características.

El hombre sedentario surge con la agricultura, pues esta actividad exige la permanencia en un determinado lugar. Aparecen entonces una constelación de fenómenos asociados a su nueva condición, como la necesidad de defender su territorio, de elevar fortalezas y de construir ciudades.

Cuando encuentro en la calle a algunas personas que conozco y los veo llegar para ocupar su lugar en algún peldaño de una escalera, o a la sombra del ceibo o en el umbral de un local, me descubro preguntándome: “¿De dónde vendrá? ¿Dónde habrá estado? ¿Cuál será su refugio?” Me sorprende al darme cuenta de que no me hago las mismas preguntas cuando se trata de personas que viven en una casa, y tienen un empleo o desarrollan alguna actividad.

Puedo suponer con poco margen de error que ya en los comienzos del sedentarismo la población nómada era vivida como una amenaza. La población errante lleva a los grupos sedentarios el mensaje de la movilidad y lo efímero. Ambos grupos establecen un intercambio enriquecedor y necesario, aportando los errantes la vitalidad del afuera, de *lo otro*, al mismo tiempo que advierten sobre el mortífero encierro. Los sedentarios brindan la hospitalidad debida al viajero, caracterizada por una amplia generosidad, que puede llegar al extremo de que un señor ofrezca al huésped a su joven esposa, o que puede por el contrario resultar ser muy restringida, tal como leemos en Maffesoli refiriéndose a Platón: “Sea cual fuere su fin, comercio, viaje de iniciación, simple vagabundeo, lo cierto es que el viajero no es más que un ‘ave migratoria’ y como tal deberá ser recibido, ‘pero en las afueras de la ciudad’. Los magistrados, agrega, deberán asegurarse de ‘que ninguno de esta especie extranjera introduzca alguna novedad’ en la ciudad y que no se tenga con ellos más que las relaciones estrictamente indispensables, ‘y lo más raramente posible’. (Leyes, XII, 952)”.³⁶

³⁶ Maffesoli, M.: op. cit.

En la actualidad –dice Maffesoli– el nómada es el hombre que va de una tribu a otra, que no tiene una única identidad ideológica, sexual, profesional o de clase, o que no adhiere a instituciones permanentes, como por ejemplo el matrimonio. Lejos de ser el nomadismo, la errancia, algo del pasado de la historia de la humanidad, está presente pero con nuevas formas que pueden velar su verdadero sentido.

Más distante ya de la sociología, y en un lenguaje poético, algo de ello nos transmite Lito Nebbia en una de sus canciones:

Dicen que viajando se fortalece el corazón,
pues andar nuevos caminos
te hace olvidar el anterior.
Ojalá que esto pronto suceda,
así podrá descansar mi pena
hasta la próxima vez.
Seguro que al rato estaré volando,
inventando otra esperanza para volver a vivir.

Conclusiones

Cuando comencé la experiencia que transmito en estas páginas tenía una serie de pre-conceptos y de dificultades para descentrarme de mis propios sistemas de valores que me impedían hacerle un lugar a diferentes formas de vivir y de pensar. Al mirar retrospectivamente aquel momento, lo recuerdo como una pesada carga. De algunos de esos pre-conceptos me liberé, de otros no, y es posible que conserve algunos de los que aún no tengo conciencia.

De igual modo, con mayor o menor libertad, reflexionar sobre determinados temas atravesados por mi experiencia sigue siendo para mí una fuente de inmenso placer.

Frente a la mirada atenta, aparecen herramientas que, de manera fortuita algunas veces, fruto de una búsqueda activa otras, favorecen dicho ejercicio. Una de esas herramientas la encontré en uno de los libros de Istvan Balyai, *Zoom*.

Con frecuencia comienzo mis clases en la facultad mostrándoles a los alumnos las imágenes de este libro, que están organizadas en secuencias. A la manera de un *zoom* –que es un objetivo que tienen las cámaras fotográficas y de filmación que permite variar la distancia focal y con el cual se puede elegir el ángulo de visión– cada una de las figuras que conforman esas secuencias muestra la imagen desde un ángulo mayor que la anterior y, al ir alejándose, se va ampliando la visión de dicha imagen.

A medida que vamos dando vuelta las hojas, aparece una nueva figura que incluye a las anteriores, complejizando la escena y otorgándole un nuevo sentido. En dirección inversa, el *zoom* se acerca, y a medida que lo hace ganamos precisión en los detalles pero perdemos la amplitud de la visión.

Si tomamos el *zoom* como metáfora de las múltiples miradas con que podemos observar la realidad, descubrimos que nos ofrece diferentes ángulos y perspectivas. Constituye un ágil ejercicio que nos permite ir de lo micro hacia lo macro, y viceversa. No obstante, podríamos fijar la mira en un ángulo determinado para observarlo con mayor atención, pero a condición de no perder la visualización del detalle ni una visión de conjunto.

Si miramos con atención a Carlitos, si observamos su vestimenta, la condición de su piel, si percibimos su olor, si conocemos algo sobre su infancia y su vida familiar, podríamos encontrar diferentes explicaciones a la pregunta de por qué vive en la calle, construidas con parámetros provenientes de nuestra propia historia vital, sistemas de creencias y teorías que avalamos.

Si alejamos un poco nuestro *zoom* para hacerle un lugar en nuestra observación al espacio que Carlitos ocupa, podríamos decir que ése es su hábitat, y que como todo espacio habitado tiene remembranzas de una casa. Si nos alejamos todavía un poco más aparecerían en nuestra mira los economistas, que nos hablarían de la crisis, de la desocupación y de las personas en la calle. Si aún no nos perdimos en el intento, y continuamos alejándonos, podríamos encontrar a los sociólogos, quienes discutirían sobre los movimientos urbanos y la reacción de ciertos grupos al encierro al que nos sometió la modernidad, con su consecuente salida a los espacios abiertos y la utilización y ocupación de los mismos. Y, por último, los antropólogos se referirían al nomadismo como la conducta primordial y fundante del hombre.

Si después de este recorrido al que nos permitió acceder nuestro pensamiento nos atreviéramos a volver la mirada sobre Carlitos, podríamos encontrarnos entonces no ya con alguien extraño, ajeno, sino con *uno de*

nosotros. ¿Por qué? Porque todos, en tanto pertenecientes a la comunidad humana, guardamos la memoria de la historia del hombre y, en tanto sujetos singulares, somos ese *otro* con diferentes maneras de vivir y de pensar.

Gregory Bateson, epistemólogo británico que vivió en el siglo pasado, consideraba necesario el reconocimiento de la relación que existe entre los fenómenos que observamos. Hablaba de la *pauta que conecta*: “¿Qué pauta conecta al cangrejo con la langosta y a la orquídea con el narciso, y a los cuatro conmigo? ¿Y a mí contigo? ¿Cuál es la pauta que conecta a todas las criaturas vivientes?” La posibilidad de ser sensible a la relación y captarla produce un fenómeno, dice este autor, del orden de lo estético en la medida que logramos una complejidad mayor: algo desconectado surge conectado, ligado.

Haber atravesado la experiencia que he narrado en este libro me ha dado la convicción de que la aceptación de las diferencias constituye un trabajo psíquico permanente en el que ponemos en juego tanto nuestra humanidad como nuestro sentido ético de la vida.

ANEXO

Memorias de un vago

Carlos Andrada (Carlitos)

Memorias de un vago

*Esto va dedicado a todos los que
no tienen un perro que les ladre.*

Bueno, yo no estoy en la calle porque perdí el trabajo o la estancia, sino que yo me crié en la calle.

Tenía unos pocos años y con otros pibes iguales que yo andábamos haciendo macanas e íbamos al puerto, cerca de Retiro. Ahí había unos vagos que nos aguantaban y miren lo que pasó: uno de ellos estaba muy borracho y se acostó sobre una vía por donde nunca pasaba un tren, pero con tanta mala leche que ese día pasó y quedó la cabeza de un lado y el cuerpo de otro.

Bueno, seguimos, así que íbamos a Constitución y ahí había un señor con un puesto de galletitas y nosotros lo teníamos loco porque todos los días le afanábamos los paquetes. Un día los ató a todos, yo iba caminando y digo: "Acá está la papa". ¡¡Ustedes no saben!! Se me cayó toda la montaña encima. Me dice: "Te agarré". "Si podés", le dije, y encima le llevé un paquete.

Y bueno, les sigo contando mis cosas... Ustedes no saben lo que fue esta andanza.

A nosotros, con otros pibes, nos gustaba andar en los trenes; y en esos tiempos no había eléctricos, eran todos gasoleros. Veníamos jugando y al llegar a la estación Avellaneda uno se nos cae bajo del tren, y con tanta mala suerte que le arranca un brazo. En ese tiempo eran del Estado. Le pagaron todo y lo internaron en el Hospital Rawson. Los vaguitos lo íbamos a ver. ¡Sabés lo que fue! Le pusieron un brazo ortopédico y él se lo vendió.

Un día me levanté de mal humor. Fuimos con unos pibes ahí cerca del Hospital Fiorito. Había una playa donde paraban los trenes de carga y nos acostamos a dormir. Fíjense cómo estábamos de cansados, yo estaba con mi chica, que ni cuenta nos dimos que arrancó el tren y aparecimos en alguna playa de un lugar de la Provincia de Buenos Aires. Sé que no había ni perros, pero llegamos a la capital con un hambre de aquellas y ahí nos comimos todo.

Tal vez esto no es escándalo para nadie, tal vez sí. Estábamos vagando por la 9 de Julio. Venía un pastor, un sinvergüenza como todos, no se imaginan lo que fue. Unos pibes iban a rescatar comida de un lugar y trajeron menuditos de pollo y carcasa. Estábamos haciendo la parrilla y apareció un señor a vender pirulines, se colgó con nosotros y en un momento tiró los pirulines y se puso a vender alitas de pollo. No lo vi más.

Olga, sigo escribiendo las cosas que le pasan a un vago. Te voy a contar: tuve un terrible accidente y fui llevado a un Hospital, el Ramos Mejía. Después de ocho meses me llevaron al Hogar Belén. El que lo fundó era un curita capellán del Hospital Álvarez. Con todo lo que recibí ahí hoy estoy caminando. Y después me fui solo, nadie me echó, sino que estaba cansado de vivir de arriba. Así fue que conocí un nuevo lugar de ayuda. Llego y había una chica. Le digo:

–Che, ¿me dejás bañar?

–Sí –me dice– ¿Cómo se llama?

–Carlos, ¿y vos?

–Felicitas. Pasá por ropería y al baño.

No me dejó ni respirar. Después salgo del baño y veo una cosa que me miraba. Pienso: "Borracho no estoy, drogado, tampoco", y siento una mano en el hombro. Me dice Felicitas:

–Ella es tu nueva asistente social.

–Encantado de conocerte –le dije.

Y ahí conocí a Mónica, a quien le debo mucho, y también conocí a Olga. Es psicóloga. Fue ella la que me dio el empujón para escribir. Bueno, en todo ese tiempo me pasaron muchas cosas, muy lindas.

Y seguiremos escribiendo.

Esto me sucedió un fin de año. Estaba durmiendo en un pasaje cuando sentí un golpe. "Me están agarrando a patadas", pensé. Era una perrita asustada por los cuetes. Corté una botella de plástico, fui a un boliche a pedir agua y unos huesos. No quiso comer, y desde ese momento no me la saqué más de encima. Le puse de nombre Pirucha y le cae justo: está más loca que una chiva, pero ahora es la reina de Barrio Norte.

Me han pasado cosas lindas y feas pero no me quejo. Hoy estoy viviendo días muy felices. Conocí dos chicas hermosas. Una se llama Ruth y la otra se llama María Inés. Me dieron todo y es tanto lo que me brindaron... Cariño, amor, amistad, y sobre todo me hicieron reunir con mi familia, y es algo que no voy a olvidar nunca. Yo sé que no va alcanzar lo que me queda de vida para agradecer lo que hicieron por mi persona. Tal vez esto le sirva a la gente para ser agradecida y más solidaria. Van a ver qué lindo es vivir así. Y no saben lo que estoy en este momento, estoy acá con mis hermanas y mi cuñada Blanca. Es una persona muy importante en mi vida, fue la madre que no conocí. Al perderla, cuando era muy chico, aparte de ser la oveja negra de la familia fui

muy querido por todos los míos y también por la familia de ella. Imagínense lo que estoy viviendo en estos momentos. Ahora me quedé en la casa de un sobrino, que viene a ser un hermano más chico, y aparte tengo pastora propia. Él se llama Rubén y ella Gladys. Olga, te cuento que acá en Viedma hay cosas curiosas y muy lindas. Dicen que hay una orca que recorre la costa atlántica de Río Negro y se reconoce por su aleta dorsal quebrada de un disparo de fusil. Y te imaginarás lo que aquí hay: delfines, lobos, tiburones, pulpos, peces. La naturaleza es sabia y eligió cada lugar para sus criaturas y no sabés la fauna que hay, o a lo mejor sí.

Te cuento algo de mi infancia. Sabés que nací muy lejos, al sur de Argentina, en Tierra del Fuego, que era Territorio Nacional y capital de las Islas del Atlántico Sur y Antártida Argentina.

No lo conocí de chico por el trabajo de mi padre. Era guardia cárcel. Estuve en varias provincias de mi país y fue todo lindo, andar con la gomera meta chinazos. Además nos íbamos a pescar en los canales y desagües, así que agarrábamos los pielines y los anzuelos moscas y la diversión era ir a las quintas a buscar frutas para comer. Como era chiquito me tiraban arriba del frutal, y así fue que un día apareció el dueño con un látigo y no pude escapar. ¡¡Sabes cómo lloraba y gritaba!! Pero los otros chicos más grandes le soltaron los chanchos y los metieron en la quinta y llamaron al tano. Cuando vio eso, se tiraba los pocos pelos de la cabeza y ahí aproveché yo para escapar.

Fue una época muy linda. Cuando vienen los recuerdos te quedás como clavado en esos lindos años. Lo evoco ahora que estoy pisando tierras de mi niñez. Aunque esté todo cambiado, para uno parece que fue ayer, y qué vamos a hacer.

Hoy estaba mirando por una ventana y de pronto siento un loreroío bárbaro. Empiezo a mirar el cielo. Eran cientos de loros barranqueros y me acordé que bajan de la costa del mar a los campos a alimentarse, y a la tarde pegan la vuelta a las barrancas, donde tienen sus nidos. Descansan un poco y al otro día siguen con la misma tarea.

Seguimos contando cosas que son cosas del pasado. Es así que fuimos a parar a Neuquén y nos hicimos, como todo chico, de un montón de amigos y diversión. Así fue que nos íbamos a los arroyos detrás de los cuarteles, donde hay una balsa que cruza el río Limay llevando autos y camiones y hasta hacienda, personas también. Muy lindos paisajes, agrestes, vírgenes. Patinar en lagunas congeladas... háganse la cabeza, lo que vivíamos era toda felicidad, son cosas muy lindas de recordar. Dicen que es difícil volver, pero en nuestra mente sí volvemos.

Hoy te cuento lo que sucedió. Fue reciente. Vi una muestra de fe impresionante. Acá en Río Negro tiene el santuario un indiecito. En un pueblo que se llama Chichinale, vivía el indiecito Ceferino Namuncurá, hijo de un gran cacique mapuche. Fue así que los salesianos, por intermedio de Don Bosco, hicieron las paces con este bravo indio que se llamaba Calfucurá. Y en prueba de su amistad le entregó a su hijo Ceferino, al cual llevaron al Vaticano y hoy lo hicieron beato. Dice la gente que ayuda mucho. Pienso que debe ser así. Vino una chica de allá, contó lo maravilloso que es todo aquello, es digno de ver; los rostros de esa gente con la devoción y ver la cara plena de felicidad. Ojalá fuera todo el mundo así, sería muy lindo pero lamentablemente no puede ser.

Sigamos escribiendo. Al recorrer estos caminos que uno conoció de chico se te viene toda el alma como si estuviera ahí. No sé cómo pensarán los demás.

Yo estaba mirando las bardas, viendo una que le decíamos el pan de azúcar. Lo escalábamos por la parte más difícil y era para nosotros una aventura inolvidable, fue otra más que pasé. Bueno, ya siendo un poco más grande me tiré para la cordillera y lo que vi ahí eran paisajes de ensueños. Los cerros parece que se te vienen encima y los precipicios, mirás unos abismos sin fondo de todos los colores. Los arroyos que bajan de arriba son chicos, pero tienen tanta fuerza que arrasan con todo lo que se les pone por delante y hay que aguantar.

Nos preguntamos: “¿Qué hacemos?” Seguimos caminando, agarramos la ruta de Los siete lagos y arrancamos para Bariloche. Te imaginás lo que fue ese viaje. Si hay un Dios el Paraíso lo hizo allí. Si me equivoco en lo que escribo espero que me sepan disculpar, pero yo no voy a dar el brazo a torcer. Son cosas que piensa uno, y eso que hay cosas que se escapan. Así que seguí caminando rumbo al Bolsón. Está en la frontera con Chubut, y yendo para otro lado queda la Tierra del Fuego, y de ahí seguimos hasta los canales fueguinos, hasta llegar al Estrecho de Magallanes. Y pegamos la vuelta por la Ruta 3 hasta toparnos con el imponente Glaciar Perito Moreno, en la Provincia de Santa Cruz. Son paisajes que no se olvidan jamás. Una cosa es contarlo y otra es verlo. Dicen que son siete las maravillas del mundo. Para mí se quedaron cortos al no contar las nuestras. Tengo tantas cosas que contar que a lo mejor se me olvidan. Seguí recorriendo mi país y me mandé al norte. Llegué y me tomé un tren que le decían De las nubes. Imaginate lo que fue ver todo eso.

Si sigo contando no vamos a tener papel para empaquetar.

Olga, vos un día me diste un empujoncito que me hizo muy bien. Me diste justo en la matadura. Por eso, aunque me veas borracho y vago, vos sos una gran mujer que no tenés ningún prejuicio en darme un abrazo y un beso, y no te podés imaginar lo que para mí fue todo eso. Es así que llegamos a hacer una gran amistad, por eso el cariño que te tengo es mucho y te deseo lo mejor. Y acordate siempre: te quiero mucho.

Estoy viendo amanecer, acá, en un pueblo del sur, y ves ese cielo brillante y las estrellas que parecen luciérnagas en las noches. A lo mejor te podés hacer una idea, a lo mejor no, pero todo queda en uno.

Seguiremos contando de mi experiencia tumbera.

Hay muchas cosas en esta memoria. Fue en el 78, antes de que se jugara el Mundial de football (fútbol) y en el país había una dictadura que fue la peor de todas las épocas. Desapariciones, robos, violaciones por parte de los milicos y también les tocó a los presos. Fueron asesinados más de cien. Les prendieron fuego con lanzallamas y a tiros. Al que quedaba vivo le pegaban un tiro en la cabeza y a otra cosa.

Hoy recuerdo a un periodista que se llenaba la boca el chanco: “Los argentinos somos derechos y humanos”. Se llamaba José María Muñoz y era relator deportivo y así le fue, duró poco.

Te sigo contando. Cuando vas al buzón, que son las celdas de castigo, estás veinticuatro horas que no podés fumar ni hablar muy fuerte. Al lado hay un patio donde los presos van a jugar a la pelota y casi siempre traen cigarros y fósforos que te tiran por la ventana. También está la otra, el celador te dá cigarrillos prendidos y caes como un gil. Te traiciona el vicio. Resulta que está todo preparado para joderte. Al lado de la puerta está la requisa y no tenés

tiempo de hacer desaparecer los puchos. Encima de los palos hacen un parte y capaz que te fuiste por cinco días y terminás cumpliendo un mes o dos. Siempre llevás las de perder.

Te sigo contando. Me trasladan a la unidad número uno, más conocida como la nueva Caseros. Hoy la están demoliendo por insalubre. Ahí se volvían locos hasta los celadores. Imaginate qué pasaba con nosotros. Teníamos sólo una hora a la mañana y otra a la tarde de recreo. No había aire, no se podía respirar.

Vi cosas malas pero esta que te cuento fue algo espantoso. Era por tomar el liderazgo del piso. Yo estaba tomando mate y fumando en la puerta de la celda. Un muchacho me dice:

–Carlitos, ¿me convidás un mate?

–Sí –le digo. Y me cuenta:

–Hablé con mamá, viene mañana a verme.

–¡Qué bueno! ¿Le hacemos buñuelos?

Miro y veo que venían dos de un lado y dos del otro lado del pasillo, y sin palabra lo empiezan a agarrar a puñaladas. No sé cuántas le pegaron. Antes de caer al piso ya estaba muerto, y así quedo trunco el sueño de estar con su viejita. Y así como esto he visto mucha maldad. No es un colegio de monjas. Lamentablemente tenés que ver cada injusticia...

Pero hay un código no escrito: lo que sucede no lo ve nadie, por eso se llama la tumba. Somos muertos vivos, somos un número para los verdugos.

Es jodido la pelea entre ranchadas. Son grupos de ocho o más personas que viven juntos y siempre hay bronca con otros ranchos. Todo es para sobresalir. Es igual que una batalla campal. Vale todo: puñaladas, palos, los fuelles

prendidos. Los fuelles son los calentadores a kerosén. Ahora no existen, todos son a gas. Igual te queman: calientan grasa y te la tiran encima. Quedás todo quemado. En esa hay muertos y heridos. La policía no se mete y hacen apuestas a ver quién gana.

Bueno, un día me cansé de todo eso y me propuse “hacer conducta”, así que le solicité una audiencia al jefe de seguridad y le explico los motivos de por qué quería trabajar en lo que fuera. Me pregunta si no me iba a escapar:

–Señor, dos años más y estoy en término de condicional, no voy a ser tan salame de cometer esa gilada.

–Bueno –me contesta– voy a confiar en usted. Le voy a conseguir un puesto.

Fue en pintura. Empecé algo que nunca se me cruzó por la cabeza y me fue muy bien. Me cambiaron a un pabellón de trabajadores, y me anoté en la escuela para terminar la primaria. Eran puntos a mi favor, hasta que una noche me llamó el celador y me dijo que prepare el mono.

“Traslado con efectos”. No te decían más nada. Subías al avión y te recibía el jefe de turno. Te hacían sacar las manos de atrás, era el destino final. Una colonia en el medio de la selva misionera. Cambió toda nuestra vida, dio un giro de cien. Estábamos presos pero era un paraíso. La atención de los empleados, el respeto... Estábamos muy bien, hasta que un día me llaman y me dicen:

–Che, te vas en libertad.

Así que me llevan al pañol y me entregan la ropa de civil mía, y entrego el traje de penado. Fue una sensación muy extraña que sentí. Hoy, que estoy en

el ocaso de mi vida, se vienen los recuerdos, así que ahora termino con estos temas tumberos y seguiremos con cosas más lindas.

De mis memorias

Así quedé en carrera, porque el zorro pierde el pelo pero no las mañas. Apenas llegué a Constitución no encontré a nadie conocido. Me subí a un tren y arrebaté una cadena de oro. No podía venderla porque era un día de fiesta. Me fui a la plaza a mirar a las chicas y ver cómo hacía para comer algo, pero el diablo nunca descansa. Yo me estaba retorciendo los bigotes, que parecían un escobillón, y escucho una voz que me dice: "Hombre, dejá ese bigote tranquilo".

Era un puto más viejo que la escarapela. Miro hacia la muñeca y tenía un reloj como con cien gramos de oro. Ahí me puse buenito y me dije: "A este lo llevo a una plaza y lo coqueteo". Pero me ganó y me dijo: "Ahora que se haga de noche vamos a casa".

Me dije: "Esto es muy fuerte para mí". Sirvió dos whiskis, luego la comida, que era lo que quería en ese momento. Yo sabía que el postre venía después. El licor lo tiraba en una maceta porque si no perdía yo. Se puso en pedo. Lo até a la cama, parecía un matambre. Le limpié todas las joyas, la plata, era una fortuna. Ahí nomás bajé, me tomé un taxi, y el primer tren que salía para mis pagos. No pedí permiso ni nada. Tenía que pedirlo al Patronato del Liberado, pero el apuro era mucho para andar perdiendo tiempo en gansadas. A mi viejo, cuando me vio, se le caían las lágrimas. Nos saludamos. Le digo: "Tomá, para que pases una vejez tranquila". Le alcancé el secuestro. Me miró y me dijo:

“Recién saliste y ya andás haciendo macanas”. Le sonreí, no le dije nada. Era mucho el cariño y respeto que le tenía. Era una gran persona.

Saben que los caminos de la calle lo hacen conocer a uno mucha gente linda.

Mirá, te voy a contar cómo fue la vida que pasé en la cárcel. Yo la conocí de grande, porque de chico la policía no me podía agarrar, era muy ligero. Hasta que un día nos cansamos de hacer giladas y nos metimos con un par de muchachos a hacer cosas más grandes. Iba todo muy bien, hasta que un día nos tocó perder y fuimos a parar a la unidad N°2, más conocida como Villa Devoto. Fuimos a una planta para primarios y ahí no pasaba nada. Estábamos tranquilos, pero lo bueno dura poco. De una nos dan el pase para un lugar que le dicen La Villa, en la cual están los delincuentes más peligrosos del país y del extranjero. Así que ahí había que poner el pecho, porque si eras joven te intentaban violar si les aflojabas, así que no había otra que poner el pecho. Combatir, como se le dice en la jerga carcelaria. O si no te querían agarrar de mulo para lavar los platos y la ropa, hacer la limpieza del rancho y que brille, si no le daban cada paliza... Una cosa es contarla y otra cosa es verla. Son códigos de la prisión y hay que aceptarlos. Uno tiene que hacer la vista como lo hace la policía, que son los corruptos más grandes. Entran la droga y el alcohol, te entregan a los putos para mantenerte tranquilo, así no le hacés motín. Hay regímenes que son leves y otros duros: son para los cachivaches, como nos dicen los guardias. Entrás en razón o si no te muelen a palos, pero te hacen más rebelde y los peleamos igual. Llevamos la de perder, son veinte monos contra uno y no sé de dónde los sacan, de los montes del Chaco. Y si querés hablar te dicen: “Yo no sé hablar, sé pegar”.

He tenido oportunidad de conocer grandes delincuentes. Sé que esto no es ninguna hazaña, pero en esos tiempos uno tenía grandes berretines y quería imitarlos, ser como ellos. Voy a empezar con uno grande, grande de verdad. Su nombre es Jorge Villarino y quedó en los anales de la historia delictiva. Nunca mató a nadie. Se ganó el apodo del rey de la fuga o el rey del boleto. Nunca molestaba a nadie. Él lo único que quería era buscar su libertad de cualquier forma, tal es así que se le filma una película y así conocí muchos más estafadores de mucho talento para desplumar gente.

Las personas pensarán que acá somos todos malos, pero aunque no quieran creer, hay gente buena. Suena medio raro que en un lugar como es la prisión haya esa clase de gente.

Para ir terminando... me hicieron una pregunta. ¿Qué es un indocumentado? Y le contesto así: Es una persona que quiere vivir en libertad, sin compromiso y sin reglamento, y que nadie lo joda. La vida así, para gente como yo, es lo mejor que hay. Así, aunque la sociedad nos margine, les diré que somos más felices que ellos al no estar enredado en esa telaraña de falsedad, mezquindad y mentiras. Y bueno, el mundo está hecho así y el que quiere lo acepta y el que no, igual, para eso somos libres.

Carlos Andrada

6 de octubre del 2006.

Índice

Introducción.....	
Servicio de Deambulantes. El trabajo con “lo semejante”.....	
Instituciones humanitarias vs. humanismo.....	
La palabra empeñada. La necesidad tiene cara de hereje.....	
El trabajo: de la dignidad a la esclavitud.....	
La piel. Las formas de vida son parte de la propia vida.....	
Los cínicos.....	
Carlitos y su aparente inmovilidad.....	
Conclusiones.....	
ANEXO: <i>Memorias de un vago</i> . Carlos Andrada (Carlitos).....	